5

EL HOMBRE FELIZ,

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS.

SEGUNDA PARTE

DEL

ARTE DE HACER FORTUNA.

POR

Don Tomas Rodriguez Rubí.

A mi querido Eduardo,
tributo de afect
mal cariño de
Tom R. Rub

M. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Octubre de 1848.

PERSONAS.	ACTORES.
SOFÍA.	*Doña Matilde Diez.*
AMALIA.	*Doña Plácida Tablares.*
DOÑA SERAFINA.	*Doña Gerónima Llorente.*
DON FACUNDO.	*Don Julian Romea.*
DON CAMILO.	*Don Florencio Romea.*
DON ANGEL.	*Don Antonio Barroso.*
DON FERMIN.	*Don Antonio Gonzalez.*
UN PORTERO.	*Don F. Soto.*

SEÑORAS Y CABALLEROS.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Escaso es el tributo que rindo, mi querido Luis, á su buen talento y cariñosa amistad, dedicándole esta comedia. Pero usted es indulgente, y la aceptará como una muestra del cordial afecto que le profesa su apasionado amigo

Tomas Rodriguez Rubí.

Al Sr. D. Luis de la Escosura, etc. etc.

Acto primero.

Habitacion de don Angel Vinuesa adornada con elegancia y suntuosidad: puerta grande en el foro que deja ver los salones de baile iluminados: dos laterales; la de la derecha para las entradas y salidas de la calle: la de la izquierda comunica con las habitaciones interiores. A la derecha dos puertas, la una secreta: á la izquierda otra puerta y una ventana que da al jardin. Al levantarse el telon aparecen Sofía sentada en una butaca á la derecha, y profundamente pensativa: á la izquierda Amalia y doña Serafina delante de un espejo; la última muy recargada de adornos y flores colocadas con mal gusto. Camilo, elegante exagerado, ocupa el centro de la escena.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA. AMALIA. DOÑA SERAFINA. DON CAMILO.

D.ª SERAF. (*A don Camilo.*)
Qué tal?
D. CAMILO. Como un serafin,
Serafina: haré mencion
de ese oriental pabellon
mañana en el folletin.
D.ª SERAF. Eh!... no tanto.
D. CAMILO. Sí, sí tal;
y enumeraré tambien
las bellas...
D.ª SERAF. Con que, estoy bien?
D. CAMILO. Brillante, monumental!

AMALIA. Y yo?
D. CAMILO. Usted por otro estilo
menos *embrouillé*, está ahora
radiante, deslumbradora...
AMALIA. Eso es lisonja, Camilo.
D. CAMILO. Lisonja !... no, son finezas;
porque lisonja no cabe,
Amalia, mientras se alabe
á tan cumplidas bellezas.
Y la belleza es un don
que emana allá de la altura;
por lo tanto á la hermosura
se le debe adoracion.
Tal dice Mark en su idilio,
y el gran Marmontel...
D.ª SERAF. Jesus!
D. CAMILO. Y tambien Séneca en sus
epístolas á Lucilio.
D.ª SERAF. No hay nadie que le resista.
AMALIA. Lo que sabe!... es un centon...
D.ª SERAF. Oh!... tiene mucha instruccion...
D. CAMILO. Ya ve usted... folletinista...
por fuerza tengo que ser...
D.ª SERAF. Erudito consumado.
D. CAMILO. Como que estoy consagrado
á difundir el saber.
D.ª SERAF. Qué tienes, sobrina mia?
AMALIA. Estás muy triste, cuñada.
SOFIA. Triste yo?... no tengo nada.
D. CAMILO. Está usted *ennuyée*, Sofia?
SOFIA. No señor.
D. CAMILO. Bueno; crei
que se hallaba usted un poco
nonchalante.
SOFIA. Pues no, tampoco.
D. CAMILO. *Merveilleux!... á Dieu merci!*
(*Mientras las señoras hablan aparte, dice don Camilo:*)
Oh! ya di con el registro:
estoy en grande, á fé mia,
con la hermana, con la tia,
y la esposa del ministro.
Tendré que dejar muy pronto

el folletin y la copla...
y si la fortuna sopla
y en su rueda me remonto,
lloverán en dos en dos
las gracias... por de contado;
seré gefe... diputado...
y despues... sábelo Dios!

D.ª SERAF. (*A Sofía.*)
Bien, bien... no quiero insistir,
porque estás muy displicente.

(*Aparecen algunas señoras y caballeros en los salones del foro.*)

AMALIA. Ya principia á venir gente.

D.ª SERAF. Pues vamos á recibir...

D. CAMILO. (*Saca la cartera.*)
Vamos pues; que de las bellas
quiero formar una lista,
y en la primera revista...
voy, voy siguiendo sus huellas.

(*Se dirigen á los salones de baile: en la puerta se encuentran con don Fermin: se saludan, y el último se adelanta hácia Sofía.*)

ESCENA II.

SOFÍA. DON FERMIN.

D. FERMIN. A los pies de usted, Sofía.

SOFIA. (*Con marcada sequedad.*)
Buenas noches.

D. FERMIN. Tan cruel
como siempre!... solo hiel
hay para mí noche y dia!

SOFIA. Para usted, y para cuantos
me atormentan en mal hora.

D. FERMIN. Pero, es delito, señora,
el adorar sus encantos?

SOFIA. Ya le he dicho, caballero,
y me alegrara que fuera
esta vez la vez postrera...
que oir no puedo ni quiero
lenguaje tan atrevido...

pues no sé por qué razon,
ni con que autorizacion,
hace que suene en mi oido.

D. FERMIN. Declaro que con ninguna:
que siempre que á usted llegué,
contraria á mis votos fué
la veleidosa fortuna.
Mas no obstante su rigor,
ya ve que no retrocedo;
y consiste en que no puedo
ser á mi afan superior.

SOFIA. Si usted se esfuerza algo mas,
ese afan que le debora
calmará...

D. FERMIN. Nunca, señora.

SOFIA. Qué escucho?... Nunca?

D. FERMIN. Jamas.

SOFIA. Lo siento mucho, porque
obligada en ese caso
he de verme á dar un paso
que le ha de apurar...

D. FERMIN. No sé...

SOFIA. Pues se lo aseguro yo:
si mas desde hoy me atormenta,
he de hacer que se arrepienta
muy pronto.

D. FERMIN. Puede que no.

SOFIA. Observo que está usted lleno
de tal confianza en si...
por desgracia no hay aqui
para usted ni ley, ni freno?
Pues que nada le intimida,
á poco mas que me ostigue,
sepa que habrá quien le obligue
á que sus palabras mida:
á que respete el reposo
de la que importuna, y quien
le dé castigo tambien.

D. FERMIN. Y ese quien, quién es?

SOFIA. Mi esposo.

D. FERMIN. Pero usted capaz será?...

SOFIA. De todo, se lo declaro.

D. Fermin. Con que sí insisto...
Sofia. Está claro,
esta noche lo sabrá.
D. Fermin. Y bien?
Sofia. Y bien?
D. Fermin. Nada.
Sofia. Nada!
Olvida usted que es un hombre
que en mucho estima su nombre
y su honra inmaculada?
D. Fermin. Y recuerdo que hoy le abona
ademas todo el poder,
puesto que ha llegado á ser
ministro de la corona.
Pero aunque todo es asi,
lo contemplo indiferente,
pues su brazo omnipotente
llegar no puede hasta mí.
Sofia. Qué presuncion!
D. Fermin. Al contrario;
y usted convendrá despues
en ello, al saber lo que es
el director de un diario
ministerial...
Sofia. Lo comprendo,
lo sé, lo sé demasiado:
es un hombre asalariado
que prostituye vendiendo
lo que mas al hombre halaga:
una máquina de hablar,
de escribir y celebrar
cuanto le ocurre al que paga.
Eh? qué tal lo he definido?
puede usted... Sí, bien lo creo;
alarde hacer del empleo
que en la tierra le ha cabido.
D. Fermin. Sí señora; por qué no?
pues aunque usted sin piedad
hoy lo trata, á la verdad
tiene sus ventajas...
Sofia. Oh!...
D. Fermin. Porque ese ente, esa plaga,

es, del Estado en la fuente,
el íntimo confidente
del ministro que le paga.
Y le paga, y cumple fiel
sus pactos, y le corteja,
y le busca, y le festeja...
porque necesita de él.
Oh!... su amor es infinito!
el ministro le confia
secretos de gran cuantía...
muchas veces por escrito...
Y estos escritos, despues
se guardan... por precaucion...
por si acaso hay ocasion
de que sirvan... esto es.
En tanto cada cual medra:
se tratan como aliados,
y viven tan enlazados
como al olmo está la yedra.
Puede algun dia tambien
querer tratar con rigor
el ministro al director...
mas... se guardará muy bien
de revelarlo en su faz,
ya porque no haya un quebranto,
ya porque sabe de cuánto
el director es capaz.
De modo que ese registro
como usted ve... no, no alcanza
á deshacer la alianza
del director y el ministro.

SOFIA. Ya veo que el interes
hace bajar hasta el lodo:
que hay quien sacrifica todo
á la política...

D. FERMIN. Pues.

SOFIA. Veo... y me sonrojo aun,
que atropellando respetos,
esplotará usted secretos
de mi marido...

D. FERMIN. Segun...

SOFIA. Y veo, en fin, que él jamas

hará en mi defensa nada;
y que estoy abandonada
á mis fuerzas...

D. FERMIN. Nada mas.

SOFIA. (*Incorporándose y con altivez.*)
Pues que todo me faltó,
tienda en buen hora la red...
para librarme de usted
me basto y me sobro yo.
(*Se retira por la izquierda.*)

ESCENA III.

DON FERMIN.

Palabras... palabras necias
que la vanidad dictó!
Veremos... oh!... ya pasó
el siglo de las Lucrecias.
Su corazon diamantino
al fin vendrá á comprender,
que se las tiene que haber
con un moderno Tarquino.
Y tan ruda indiferencia
se cambiará... pesia á mí!...
da el tiempo mucho de sí...
aqui viene su escelencia.

ESCENA IV.

DON ANGEL. DON FERMIN.

D. ANGEL. Hola! qué tenemos?

D. FERMIN. Nada.

D. ANGEL. Ha visto usted los papeles
de la tarde?

D. FERMIN. Estan crueles
El Aspid y *La Andanada*.

D. ANGEL. Sobre la contrata?

D. FERMIN. Pues.

D. ANGEL. Otra vez?

D. FERMIN. Y con furor...

D. Angel. Y ese diablo de censor,
en qué piensa?
D. Fermin. Y va de tres
que con ambos se descuida;
por mas que le advierto y digo...
D. Angel. Va de tres, eh? pues amigo,
á las tres va la vencida.
Ya que se da tan mal arte,
y que su adhesion desmaya
hasta ese punto, que vaya
con la música á otra parte.
Pondremos otro.
D. Fermin. Dirán...
D. Angel. Se prohibe cuanto digan,
y al notar que se fatigan
en vano, desistirán.
D. Fermin. Mas los principios...
D. Angel. Sí, sí:
cada cual desde su esfera
los entiende á su manera,
y yo los comprendo asi.
Mientras que fuí diputado,
ese fué mi tema eterno;
pero ahora soy gobierno
y no quiero verme atado...
Pues si vamos á observar
á la letra... vaya! vaya!...
quién es el que tiene á raya...
no es posible gobernar.
Sé que mas de un descontento
nos hará la oposicion;
mas fiado en mi razon
diré en pleno parlamento...
«Señores, menos discursos:
tenemos aqui teorías
para cuatro monarquías...
lo que falta son recursos.
Yo no he jugado un albur,
ni aumenté mis capitales:
he escogido entre dos males
el mas inferior... y agur.—
Si esta mi sinceridad

basta, que no se me aflija...
Si no, bien: que se me exija
la responsabilidad.»

D. FERMIN. Y como eso es cosa larga,
ó mejor dicho, ilusoria...

D. ANGEL. Pues!... se contesta con gloria
y que nos den otra carga.

D. FERMIN. Quiere usted algo?

D. ANGEL. Veré
despues esos papeluchos,
que dirán lo que otros muchos,
y mañana le enviaré
instrucciones...

D. FERMIN. Por escrito?

D. ANGEL. Sí, sí.

D. FERMIN. Aun le falta una plana
al número de mañana:
qué pongo?

D. ANGEL. Un articulito
que ensalce la proteccion
que á los periódicos doy.

D. FERMIN. Es que recogieron hoy
cuatro de la oposicion.

D. ANGEL. Sí, bueno; por qué murmuran?
Hable usted de nuestro tacto:
de que está unido y compacto
el gabinete...

D. FERMIN. Aseguran
que no le es posible estar
mas desunido...

D. ANGEL. Y qué importa?
su vida será muy corta...
mas, debe usted consignar
que son voces subversivas.
Que la paz está afianzada:
que á nadie debemos nada...

D. FERMIN. Ni aun á las clases pasivas?

D. ANGEL. Esa es la única escepcion;
mas que en cuenta las tenemos
diga usted, y que daremos
para pascua de pasion
una paga.

D. FERMIN. Todavía
faltan dos meses...
D. ANGEL. Bien, bien.
Diga usted algo tambien
de nuestra fé y energía:
que en nuestros puestos seguros
estamos constantemente:
que sabremos hacer frente
á toda clase de apuros:
que está muy barato el pan...
D. FERMIN. Lo han subido, y está escaso...
D. ANGEL. Pues diga usté en ese caso
que pronto lo bajarán:
que el gobierno es el gran médico
del pais, y que es ridículo...
en fin, vamos, un artículo...
D. FERMIN. Si señor, enciclopédico.
D. ANGEL. Ya tiene usted material...
Hasta luego.
D. FERMIN. Hasta mañana.

ESCENA V.

DON ANGEL.

He de perder la cabeza
con tanto asunto y con tanta
cuestion palpitante... Bueno;
me debo todo á la patria,
y no hago nada de mas
si me consagro á salvarla.
No obstante, habiendo festin
dentro de mi propia casa,
no vendrá mal un instante
de fina y honesta plática,
para distraer los duelos
de mi salud quebrantada.
Frivolidad de la vida!...
oh!... dichosos los que bailan!

(*Se dirige á los salones del foro, y aparece Sofía en la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

SOFÍA. DON ANGEL.

SOFIA. Angel? espera.
D. ANGEL. Tu aqui?
en tu cuarto todavía?
ya en el baile te creía...
SOFIA. Tengo que hablarte...
D. ANGEL. A mí?
SOFIA. Sí.
D. ANGEL. De pretensiones?
SOFIA. Tal vez...
D. ANGEL. Uf!... me ponen en un potro...
SOFIA. Es que...
D. ANGEL. De un momento á otro
escucho dos mil y diez.
Como me asedien asi,
fuerza será contestar
á todos que no ha lugar...
SOFIA. Tampoco lo hay para mí.
D. ANGEL. Ya ves, ya ves... muy bien sabes
que, apesar de mi deseo,
hay dias que no te veo...
estos negocios tan graves
llaman toda mi atencion...
Luego, si de mano doy,
adonde quiera que voy
á ensanchar el corazon,
á disfrutar de la luz,
me asalta algun pretendiente
armado con su espediente,
como con un arcabuz,
pidiendo á muerte ó á vida
el empleo, y la encomienda,
y la cruz, y la prebenda,
y la paga consabida.
Qué es esto? no he de poder,
siendo quien soy, disfrutar
de reposo, y dedicar
un cuarto de hora al placer?
SOFIA. Es que imaginaba yo,

que hablando con tu Sofía,
ese placer existia...

D. ANGEL. Muger, no digo que no.
Pero tambien imagino,
que aunque con placer hablemos
aqui, con mayor lo haremos
en medio ese torbellino
que inunda nuestros salones,
donde la galantería
rinde á mi bella Sofía
tributo de admiraciones.

SOFIA. Lisonjas que con enfado
escucho... que en paz me dejen!
por mucho que me festejen
estoy mejor á tu lado.
La mas brillante reunion
me cansa y produce tédio.

D. ANGEL. (Está visto, no hay remedio!
me encaja la pretension!)
Con que, juntitos...

SOFIA. Sí, sí.

D. ANGEL. Y, huyendo el tumulto...

SOFIA. Pues.

D. ANGEL. Y, siempre tratando...

SOFIA. Eso es.

D. ANGEL. Pues para vivir asi,
Sofía, mejor será
que huyamos hácia las selvas...

SOFIA. Oh!... como tú lo resuelvas...

D. ANGEL. Con que, salvajes!

SOFIA. No!

D. ANGEL. Va!
del modo que tú lo pintas,
en eso á parar vendremos;
y yo estoy por los estremos,
no gusto de medias tintas...
La corte, ó el libre espacio:
las liebres, ó las panteras...
qué tal?

SOFIA. Yo?... lo que tú quieras.

D. ANGEL. Lo pensaremos despacio...
Pronto á abrirse volverán

las sesiones...

SOFIA. Las sesiones!
Dios mio!

D. ANGEL. Y habrá cuestiones...
y si emigramos... dirán...

SOFIA. Otra vez Cortes?

D. ANGEL. Pues no?

SOFIA. Y ya no te vuelvo á ver...
Que no haya Cortes!

D. ANGEL. Muger!
y los principios?...

SOFIA. Y yo?

D. ANGEL. Créeme, porque no te engaño,
si yo pudiera, hija mia,
te juro que las tendria
cerraditas todo el año.

SOFIA. Para consagrarte á mi?

D. ANGEL. A tí?... pues!... qué otra razon...

SOFIA. Entonces... haz dimision.

D. ANGEL. Dimision!... eh?...

SOFIA. La harás, sí?

D. ANGEL. Mas... para cuándo?

SOFIA. Ahora mismo.

D. ANGEL. Cá! no ves que eso seria
dar muestras de cobardia
ó de estremado egoismo?
Hay razones de gran peso...
en tiempos de agitacion,
decir debo á la nacion...
que me voy!... ahi queda eso?...
No puede ser. Yo jamas
faltaré á la confianza
del pais... soy su esperanza!...
despues... despues... ya verás!
cuando pase este turbion,
y se mejore el cariz...
y España sea feliz,
entonces... mi dimision.

SOFIA. Y, la tendrás detenida
hasta tanto...

D. ANGEL. Sí, muger.

SOFIA. Pues entonces vas á ser

ministro toda tu vida.

D. ANGEL. Oh!... plegue á Dios...

SOFIA. Qué!

D. ANGEL. No! digo,
que plegue á Dios que al momento
me libre de ese tormento...

SOFIA. Pensé...

D. ANGEL. No!... opino contigo.

SOFIA. Es mucha fatalidad!...
de aquel tiempo que pasabas
á mi lado, y solo hablabas
de amor, qué fué?

D. ANGEL. Sí, es verdad...

SOFIA. Vamos, esto es inaudito!...
por qué pasó tan veloz
ese tiempo...

D. ANGEL. Eso es atroz.

SOFIA. Y, cuán bello!...

D. ANGEL. Muy bonito.

SOFIA. Ya que esta noche he logrado
que á solas ambos hablemos,
Angel mio, recordemos
glorias del tiempo pasado.
Este es mi afan incesante...
querrás, di?

D. ANGEL. No he de querer?
(Ay!... va siendo mi muger
mas pesada que un cesante...)

SOFIA. Te acuerdas?...

D. ANGEL. Perfectamente:
como si hubiera ocurrido
ayer... oh! nunca me olvido...

SOFIA. Y de Facundo Torrente?

D. ANGEL. Mucho. Qué luna de miel!...

SOFIA. Por él nos casamos.

D. ANGEL. Sí;
por él tu marido fui...
trapisondista como él!
El allá sin ton ni son,
con su inaudita franqueza...
qué desdichada cabeza!

SOFIA. Y qué hermoso corazon!

D. ANGEL. Sublime, eso sí, buen fondo!
SOFIA. Y no sabes de Facundo?
D. ANGEL. No, chica; á dar por el mundo
salió una vuelta en redondo,
cinco ó seis años hará.
«Aquí todo es medianía,
miseria y farsa, decia,
nadie me comprenderá!...»
Y allá empezó á revolver
mil planes, que á toda costa...
quiso... en fin, tomó la posta,
y de él no he vuelto á saber.
SOFIA. Pues yo sí.
D. ANGEL. Tú? y tan callado
hasta ahora lo has tenido?
Y está?...
SOFIA. En Madrid.
D. ANGEL. Aburrido?
SOFIA. Mucho mas.
D. ANGEL. Cómo?
SOFIA. Arruinado.
D. ANGEL. Arruinado!... Ves, Sofía?
y ahora dirás que no...
por último sucedió
lo mismo que yo temia.
Ya se ve, tal despilfarro;
tanta liberalidad;
siempre dando en cantidad,
y echándola de bizarro...
Ahí tienes la prueba...
SOFIA. Sí;
eso me prueba tambien,
que el premio del obrar bien
está en el cielo, no aquí.
Facundo con franca mano
á la desgracia acudió:
el pobre en él, siempre halló
el consuelo de un hermano.
Generoso, noble, fiel,
hizo bien de varios modos;
él ha sido para todos...
y ninguno para él!

Ninguno!... pues de pasada
verá que con fé traidora,
le vuelven la espalda ahora
cuantos sacó de la nada.
Ingratos!... pobre Facundo!

D. ANGEL. Pobre, sí... le llegó el dia
del desengaño, hija mia...
qué quieres? este es el mundo.
Su largueza elevó un templo
para otros, y esos otros
ahora...

SOFIA. Pero nosotros
no seguiremos su ejemplo?...

D. ANGEL. Nosotros...

SOFIA. No!... sus dolores
calmará nuestra fé pura;
á mas, de nuestra ventura
le somos ambos deudores.
Por él yo fuí tu muger:
por él fuistes diputado...
Angel!... por él has llegado
á la cumbre del poder.

D. ANGEL. Tanto por él!... eso no!
que él dió el impulso no hay duda;
mas sin él y sin su ayuda
despues me he encumbrado yo.

SOFIA. A un lado la vanidad...
confiesa...

D. ANGEL. Bueno, por eso
que no haya riña; confieso...

SOFIA. De tu generosidad
lo esperaba asi: tambien
aprobarás, me parece,
que le haya escrito... merece
su desgracia...

D. ANGEL. Has hecho bien.

SOFIA. Le he brindado con tu casa;
y por conclusion le digo,
que es nuestro primer amigo
y que nos mande sin tasa.
Si no viene...

D. ANGEL. Allá se avenga...

no podemos hacer mas;
y si no viene...

Sofía. Tú irás,
á suplicarle que venga.

D. Angel. Yo he de ir?...

Sofía. Por de contado;
estará de angustia lleno,
y la gratitud...

D. Angel. Muy bueno;
pero estoy tan ocupado...
Vaya! es cosa original...
él debe aqui venir antes...

Sofía. Debemos ser tolerantes
con los que lo pasan mal.

D. Angel. Nada he visto mas cruel
que esa tu filantropía:
hubiérais hecho, alma mia,
linda pareja tú y él.

Sofía. Angel!

D. Angel. Bueno, eso le abone;
por tan poco no te asustes,
se hará todo cuanto gustes...
(si á mi gusto no se opone.)

Sofía. Gracias!...

D. Angel. Pequeño es el don:
y ahora querrás que entremos?

Sofía. El brazo.

D. Angel. Toma: gocemos
un poco...

Sofía. Bien; al salon.

(*Se dirigen á él, en cuya puerta se encuentran con don Camilo, que aparece tomando apuntes en su cartera.*)

ESCENA VII.

SOFÍA. DON ANGEL. DON CAMILO.

D. Camilo. (Alli estan.) «Las colgaduras...
gabinetes orientales...
do quier flores naturales...
y todas las hermosuras...»

D. Angel. Qué hace usted?...
D. Camilo. Ah!... nada... nada...
tomo notas del festin,
para hacer un folletin
d'après nature.
Sofia. (Qué bobada!)
D. Angel. No es justo que se moleste
por tan poco...
D. Camilo. No señor!
no he visto festin mejor,
y ya he visto algunos, que este.
Aqui para nada hay tasa,
y *l'ornement*, que es augusto,
revelando está el buen gusto
de los dueños de la casa.
Por tanto difundiré
bien plaisant, por la ancha tierra,
las maravillas que encierra
este palacio *enchanté.*
D. Angel. Oh!... gracias...
D. Camilo. A mucho honor...
D. Angel. Siga usted con su tarea...
(*Bajando la voz.*)
no olvidaré á quien se emplea
en hacerme tal favor.
Vaya usted por mi despacho
mañana.
D. Camilo. Iré...
D. Angel. Bien está.
Vamos, Sofía? No hará
mal censor este muchacho.
(*Entran en el salon.*)

ESCENA VIII.

DON CAMILO.

Lo que es tener un buen nombre!
Que vaya á verle mañana...
lo haré de la mejor gana!
Quién lo duda? ya soy hombre.

Ya se acabaron mis ocios...
gozo de un favor que asombra...
Oh!... por lo menos me nombra
encargado de negocios.
Y si acierto á conquistar
á la niña, á la hermanita...
me armo!... qué sibarita!
qué vida me voy á dar!

ESCENA IX.

DOÑA SERAFINA. AMALIA. DON CAMILO. SEÑORAS *y* CABALLEROS.

D. CAMILO. Se ha bailado?
AMALIA. Si señor.
D.ª SERAF. Camilo?
D. CAMILO. Serafinita?
D.ª SERAF. Se me ha descompuesto el trage?
D. CAMILO. No por cierto...
D.ª SERAF. Sentiria
que algun descuido... y que luego
dijera usté en la revista
que estuve mal...
D. CAMILO. Yo!... señora...
es imposible que diga...
D.ª SERAF. Como es usted tan satírico...
D. CAMILO. Pero nunca se ejercita
mi sátira con las bellas...
D.ª SERAF. Ay, qué fino!...
D. CAMILO. (Ay, qué estantigua!)
D.ª SERAF. Descansaremos un rato.
D. CAMILO. Bien pensado, señoritas...
(*A Amalia.*)
Está usted muy fatigada?
AMALIA. En el salon se respira
apenas... hay tanta gente!
D. CAMILO. Como que está en él reunida
la sociedad mas selecta
de la coronada villa...
Ni puede ser otra cosa,

pues como aquí es donde habitan
las gracias y la hermosura,
acuden con tanta prisa
como la abeja á la flor,
como al nido la avecilla,
y como el sediento acude
á la fuente cristalina.

D.ª SERAF. Bravo!... corteses metáforas.

D. CAMILO. (Oh!... qué elocuencia la mia!)
Amalia... podré aspirar
á la nunca merecida
honra de bailar...

AMALIA. Conmigo?

D. CAMILO. Ay!... sí!... mas no me atrevia...

AMALIA, Baila usted el de *dos tiempos*?

D. CAMILO. Dos tiempos?... Oh, señorita!
no he de bailar...

AMALIA. Convenidos.

D. CAMILO. (Dos tiempos... buena medida!
en uno bailo con ella,
y hago en otro la conquista.)

(*Aparece don Facundo en trage que revele el mal estado de sus fondos. Dirige una mirada á todos los que hay en la escena, y al notar que no conoce á ninguno, toma pacíficamente asiento en un sillon.*)

ESCENA X.

DOÑA SERAFINA. AMALIA. DON FACUNDO. DON CAMILO. SEÑORAS *y* CABALLEROS.

D.ª SERAF. Calle!

D. CAMILO. Magnífica pieza!...
quién es este sacristan?

D.ª SERAF. No sé...

D. FAC. (*Sentándose.*) Bueno, ya vendrán.

D.ª SERAF. Pues me gusta la franqueza!

AMALIA. Se ha sentado...

D. CAMILO. Y qué tranquilo!...

D.ª SERAF. Déjeme usted que me asombre...

D. CAMILO. Tiene trazas ese hombre

de *mauvais sujet*.

D.ª Seraf. Camilo!
presentarse en tal funcion?...

D. Camilo. Uf!... cosa mas inaudita!...
sin guantes... y con levita!

D.ª Seraf. Qué insulto!

D. Camilo. Profanacion!

D.ª Seraf. Pues es necesario que
salga al momento...

D. Camilo. En buen hora...
sí; déjeme usted, señora,
que yo se lo insinuaré.

(*Se dirige á don Facundo: las damas y caballeros se agrupan en torno de Amalia y doña Serafina, desde donde observan á los primeros.*)

Caballero?

D. Fac. Qué?

D. Camilo. Preveo...
quiero decir, he notado
que está usted equivocado...

D. Fac. Yo?

D. Camilo. Sí señor.

D. Fac. No lo creo.

D. Camilo. Sabe usted adónde entró?
del caballero Vinuesa
esta es la casa...

D. Fac. Pues esa,
esa es la que busco yo.

D. Camilo. Pero usted ignorará
que hay *soirée*...

D. Fac. Mucho, y completa...

D. Camilo. Su trage... no es de etiqueta...

D. Fac. Cierto... pero qué mas da?
Gusto de arreos sencillos,
y como voy siempre al trote...
á mas, soy llano y francote,
y no reparo en pelillos.

D. Camilo. Usted, sin duda vendrá
de fuera...

D. Fac. Sí.

D. Camilo. Lo acerté.

D. Fac. Hace poco que llegué...

D. Camilo. De Getafe...
D. Fac. Mas allá.
D. Camilo. En ese caso, no digo...
se queda usted?...
D. Fac. Está claro.
D. Camilo. Muy bien hecho... (ente mas raro!...)
beso á usted...
D. Fac. Agur, amigo.
D. Camilo. Ja! ja! ja!... Dios soberano!
(*Volviendo al lado de las señoras.*)
D.ª Seraf. Qué dice?
D. Camilo. Qué ha de decir?....
vamos con él á reir
de lo lindo... Un provinciano
es tan rudo como un poste...
Amalia. Vendrá á pretender...
D. Camilo. Pues sí,
y se ha colado hasta aqui
sin decir oste ni moste.
No parece que se atasca...
D.ª Seraf. Que lo echen...
D. Camilo. No es razon;
no ve usted que la funcion
se quedaba sin tarasca?
Todos. Ja!... ja!...
D. Camilo. Aqui, precisamente,
viene el ministro... oh ventura!...

ESCENA XI.

AMALIA. DOÑA SERAFINA. DON ANGEL. DON CAMILO.

D. Camilo. (*A don Angel.*)
Venga usted... eh? qué figura!...
D. Angel. Quién es?
D. Fac. (*Incorporándose.*) D. Angel!...
D. Angel. (*Con estrañeza.*) Torrente!...
D. Camilo. (*A las señoras.*) Cuánto va que lo despacha...
D. Fac. Ya estamos todos aqui.
Cómo va?
D. Angel. Bien... (ay de mí!
presentarse con tal facha...)

D. Fac. Me he colado de rondon
apenas he recibido
la carta... Mas no he tenido
mucho tino en la eleccion
del momento.

D. Angel. No... por qué?

D. Fac. Porque al entrar he notado
que se han horripilado
estos señores...

D. Angel. No sé...
pero nada hay que estrañar,
porque una... figura asi,
ofrece en tal noche aqui
un contraste singular.

Todos. Ja!... ja!... ja!...

D. Fac. Para mis fines
con el trage no he contado...
cierto que estoy atrasado
en algunos figurines.
Sin querer trocar los frenos
dije yo... me he de privar
de ir con ellos á cenar
por figurin mas ó menos?
No tal; y con mi franqueza
vine aqui, porque pensaba
que aqui ninguno apreciaba
el fruto por la corteza.
Esta es la historia, y sin glosa:
me dicen que venga, y vengo...
y vengo... con lo que tengo...
que á la verdad no es gran cosa.
Mas sin risa ni dolor,
una vez que me engañé,
tranquilo me volveré.

D. Camilo. Pues tiene muy buen humor.

D. Angel. En esas materias dejo
á todos en libertad:
no ruego nunca...

D. Fac. Es verdad.

D. Camilo. (*Bajo á don Fac.*) Le voy á dar un consejo:
quiere usted?

D. Fac. Oh!... si señor.

CAMILO. Para huir otro desastre
le recomiendo á mi sastre.
D. FAC. Quiero pagarle el favor
con otro favor tambien.
Yo de un sastre vivo al lado,
que para usted, ni pintado.
D. CAMILO. Con que viste bien?
D. FAC. Muy bien.
D. CAMILO. Buenas puntadas...
D. FAC. Gallardas!
D. CAMILO. Buenos fraques...
D. FAC. En rigor
buenos fraques... no señor;
pero hace buenas albardas.
D. CAMILO. Albardas!
D. FAC. Sin duda alguna:
es un famoso albardero;
y usted, por lo que yo infiero,
estará muy bien con una.
D. CAMILO. Qué gracia!...
D. FAC. (*A los demas.*) Perdon por esta
indiscreccion que he tenido:
me voy por donde he venido,
y que prosiga la fiesta.
D. CAMILO. Que usted descanse.
D. FAC. No, acá
bien poco me fatigué...
que no se le olvide á usté
el sastre...
TODOS. (*Menos don Angel.*) Agur!... ja!... ja!... ja!...

ESCENA XXII.

SOFÍA. DOÑA SERAFINA. AMALIA. DON FACUNDO. DON ANGEL. DON CAMILO. SEÑORAS *y* CABALLEROS.

SOFIA. Qué ruido! qué pasa aqui?
D. CAMILO. Llega usted en muy buen hora...
mire usted...
D. FAC. Nada, señora...
Se estan burlando de mi.
SOFIA. De usted!... y de sus dolores!...

por mi vida les prometo...
Déme usté el brazo... Respeto
á la desgracia, señores!
Ya que esto en mi ausencia pasa,
sepan que este caballero
será desde hoy lo primero
con que se honrará mi casa.
Venga usted...

D. Camilo. Quién preveer...

Sofia. Y mil perdones, Torrente.

D. Fac. De este rasgo solamente
es capaz una muger.

(*Sofia, del brazo de don Facundo, atraviesa por en medio de todos y se dirige á la habitacion de la izq.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion: la puerta grande del foro permanecerá cerrada hasta el momento que se indica en el cuarto acto.

ESCENA PRIMERA.

DON CAMILO, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues señor, bien; esto es hecho:
porque cuando me ha fiado
un cargo tan delicado,
es decir que voy derecho
al favor sin tropezar...
Hay suerte mas venturosa?
ps!... el destinillo no es cosa...
pero bueno es empezar.
De periódicos censor
sin sueldo, sin adealas...
mas yo tenderé mis alas;
y aunque no es de mucho honor
para un jóven este cargo,
otros mil lo han ejercido,
y han pasado, y han vivido
y viven bien, sin embargo.
Adelante; ya hay cimiento:
ya se puede edificar
despacito... y calcular...
el cálculo! es mi elemento.
Si á Amalia, en nombre de Dios,
conquisto, que no lo dudo,

brevemente en santo nudo
nos uniremos los dos.
No es rica... mas si la alcanzas...
qué dote mas saneado
que el de tener un cuñado
ministro de *las finanzas*.
Eh !... no hay que pasar vigilia...
él por ella... á no dudar...
qué ha de hacer, sino velar
por el bien de la familia?
No cejaré de mi empeño...
(*Mirando adentro y despues al reló.*)
No las veo... las tres dadas...
aun estarán entregadas
á las delicias del sueño...
como que duró el festin...
mas calle ! suerte bendita !
hácia aqui Serafinita...
oh ! barbudo Serafin,
ven en mi amparo !... Aqui está :
entre una flor y otra flor,
la intereso en mi favor...
Soy un cuquito... que ya !

ESCENA II.

DOÑA SERAFINA. DON CAMILO.

D.ª SERAF. Don Camilo por acá,
y tan temprano?
D. CAMILO. A los pies
de usted... son mas de las tres...
D.ª SERAF. Con efecto... y cómo va?
Se ha descansado?
D. CAMILO. Señora,
yo no me canso : sali
anoche del baile, y fui
á poner á última hora
un parrafillo...
D.ª SERAF. Ya, ya...
sobre el baile !
D. CAMILO. Una friolera...

una apuntacion ligera
de lo *remarquable*...

D.ª Seraf. Está
el número por ahí?

D. Camilo. Uno tengo en el bolsillo...
Si no es mas que un parrafillo...

D.ª Seraf. No importa; habla usted de mí?

D. Camilo. Hago la justa mencion...

D.ª Seraf. (*Con mucha impaciencia.*)
Venga!... quiero con mi vista...

D. Camilo. (*Entregándole un periódico.*)
En la próxima revista
lo haré con mas estension.

D.ª Seraf. (*Leyendo.*)
«Anoche acabó á las tres
el espléndido festin
que anunciamos hace un mes.
Qué animacion! qué interes!
qué elegancia! qué jardin!
No admitirá competencia
en lujo y magnificencia
la *soirée* del señor V.;
rompió el baile su escelencia
con la señorita Q...»
(*Interrogando á don Camilo.*)
La Quiteria?...

D. Camilo. De Alfarache.

D.ª Seraf. Oh!... no haya miedo que yerre...
(*Continúa leyendo.*)
«Sus cabellos de azabache,
lució la señora de R.,
y cautivó la de H.
Brillante estaba el salon
y brillante la escalera
desde el primer escalon:
flondas, flores por do quiera
en lujosa profusion.
Por último, la señora
doña S...»
—Ay!... doña S...
Yo?... verdad?... vamos, confiese...

D. Camilo. Confieso sin que me pese...

D.ª Seraf. (*Continúa leyendo.*)
«Con su gracia encantadora...»
(*A don Camilo.*)
Me hace salir los colores...
(*Sigue leyendo.*)
«Hizo á su vez los honores,
acogiendo con bondad
á toda una sociedad
de ardientes admiradores.
Vestía una rica falda
de *cochinchina de espuma*,
llevada con gracia suma:
por prendido una guirnalda,
un pabellon y una pluma.»
Magnífica descripcion!
Oh!... y el lenguaje es divino...
y qué galante! qué fino!...
D. Camilo. Es una improvisacion.
D.ª Seraf. Felicísima.
D. Camilo. Señora!
D.ª Seraf. Si ha menester en la vida
de una alma reconocida,
cuente usted...
D. Camilo. Puede que ahora...
tal vez en esta ocasion...
no de su agradecimiento
necesitará mi intento,
sino de su proteccion.
D.ª Seraf. De mi proteccion?... no sé
de qué servirle podrá,
ni hasta dónde llegará;
mas, sin embargo, hable usted...
Ya sabe que me intereso...
Quiere recomendacion
para alguna pretension
con el ministro?
D. Camilo. No es eso.
D.ª Seraf. Pues mi talento no alcanza...
D. Camilo. Porque el ministro, señora,
acaba de honrarme ahora
con toda su confianza.
Un peso de gran valor

sobre mis hombros ha echado,
lo que prueba que he logrado
el ministerial favor.

D.ª SERAF. Amigo, nada sabia:
de satisfaccion me llena
que esté usted de enhorabuena...

D. CAMILO. Por completo lo estaria
si tuviera aplicacion
ese cordial parabien
á mi corazon tambien...
mas lo que es mi corazon...

D.ª SERAF. Qué le pasa? desde cuándo
su corazon...

D. CAMILO. Ay, señora!
mi corazon sufre y llora,
porque está en silencio amando...

D.ª SERAF. Amando?... Dios de Sion!...
y acude usted...

D. CAMILO. Por supuesto,
á usted, sí señora...

D.ª SERAF. (Ay!... esto
no es una declaracion?)

D. CAMILO. De qué me sirve triunfar
con mi escasa inteligencia,
si esta amorosa vehemencia
no logro á la vez calmar?
Por eso acudo, señora,
á usted... usted me comprende...
y me salva... si me tiende
una mano protectora.

D.ª SERAF. (Qué conmovido!... no acierta
á hablar... mas, qué de repente!
Seré yo causa inocente
de una pasion encubierta?)
Camilo... le compadezco
por ese afan que le agita...
Dice usted que necesita
mi proteccion?... se la ofrezco.

D. CAMILO. Oh!... cuánta bondad!

D.ª SERAF. No... qué!

D. CAMILO. Tan benigna como bella!

D.ª SERAF. Es favor... mas quién es ella?

D. Camilo. No sé si me atreveré...
D.ª Seraf. Atrévase usted; pues no?
D. Camilo. Respeto tanto su nombre,
que...
D.ª Seraf. Bueno; mas...
D. Camilo. No se asombre...
D.ª Seraf. Qué es asombrar!... (Pues soy yo.)
D. Camilo. No quisiera hacerla agravios...
pero usted, como es tan buena,
de confianza me llena
y alienta á la vez mis labios.
D.ª Seraf. (Qué urbano! cuánta pasion...
y qué tímido á la vez!)
D. Camilo. (No mas ambajes... par diez!
allá voy de sopeton.)
Pues señora, á la verdad...
es, de esta amante fatiga
la causa...
D.ª Seraf. De que lo diga
casi no hay necesidad.
D. Camilo. Pues qué! llegó usté á entender...
Oh fortuna inesperada!
D.ª Seraf. Aunque no me ha dicho nada...
se ha dejado comprender.
D. Camilo. Eso... adivinar ha sido...
D.ª Seraf. No hay mucha adivinacion...
La distinguida mencion
que siempre le he merecido
en la Revista...
D. Camilo. (Qué escucho!)
D.ª Seraf. En pós siempre de mi huella...
D. Camilo. (*Desconcertado.*)
(Dios mio! á que cree que es ella?)
D.ª Seraf. Esto quiere decir mucho.
D. Camilo. Con que... mucho?
D.ª Seraf. Sí señor.
D. Camilo. Pues... vea usted... yo creía
que... nada de eso decia...
D.ª Seraf. Es que al buen entendedor...
D. Camilo. (Reniego!... me vuelvo loco
de esta...)
D.ª Seraf. Y comprendo tambien

que cuando se quiere bien,
parece que todo es poco.

D. CAMILO. (Dale!...) Señora... por mi...

D.ª SERAF. No!... por hoy no le contesto...
no exija usted...

D. CAMILO. Vamos!... esto
no puede quedar asi.

D.ª SERAF. (*Con amable condescendencia.*)
No quedará... Qué impaciente
es usted...

D. CAMILO. No! qué impaciencia!...
es que yo debo en conciencia...

D.ª SERAF. Silencio!... que viene gente.

D. CAMILO. Aunque venga el rey Hazen...

D.ª SERAF. Por Dios!...

D. CAMILO. Nada!...

D.ª SERAF. Mi decoro!...

D. CAMILO. Señora!...

D.ª SERAF. Pues bien... le adoro...

D. CAMILO. (Maldita seas, amen!)
(*Sale Amalia por la izquierda con trage de calle.*)

ESCENA III.

AMALIA. DOÑA SERAFINA. DON CAMILO.

D.ª SERAF. Hola... ya estás aviada?
Voy á ponerme un sombrero,
y vuelvo al punto. Y Sofía?

AMALIA. Ha salido hace un momento...

D.ª SERAF. Entonces iremos solas
á ver á las de Cisneros.
Haz en tanto compañía
á nuestro amigo... Hasta luego.

ESCENA IV.

AMALIA. DON CAMILO.

D. CAMILO. (Satanás vaya contigo,
si tiene gusto tan pésimo.
Tarasca!... y Amalia aqui...

pues á ella !... á ver si puedo
librarme de este aluvion...
Y es la cuarta vez que intento
declararme...) Ay, señorita!

AMALIA. Qué tiene usted?

D. CAMILO. Con efecto...
su *coup d'œil* es muy exacto,
tres positif, porque tengo
una especie de...

AMALIA. De?

D. CAMILO. De...
dubitacion.

AMALIA. Y qué es eso?

D. CAMILO. Dubitacion, linda Amalia,
en retórica á lo menos,
es una figura...

AMALIA. Ah !... ya!
creí que estaba usté enfermo.

D. CAMILO. Enfermo? tambien...

AMALIA. Tambien?

D. CAMILO. *Maladie d'amour.*

AMALIA. Oh!... bueno!...

D. CAMILO. Bueno, dice?... *prenez garde...*

AMALIA. Y qué le aconseja el médico?

D. CAMILO. Me aconseja... me aconseja...
da usted su consentimiento
para que se lo revele?

AMALIA. Si es cosa que oir yo debo...

D. CAMILO. Si señorita!

AMALIA. Pues bien...

D. CAMILO. Pues le diré... que el remedio
mas eficaz, solo y único
para este afan que padezco,
es... es...

ESCENA V.

DOÑA SERAFINA. AMALIA. DON CAMILO.

D.ª SERAF. Vamos, niña?

D. CAMILO. (Cargue
contigo todo el infierno !...)

AMALIA. Espere usted, que Camilo
me está ahora refiriendo...
D. CAMILO. (Otro apuro!)
D.ª SERAF. Qué?
D. CAMILO. No... Nada!...
(La quinta vez que me quedo
con mi relacion *in pectore*.)
Ademas, por lo que veo
van ustedes á salir,
y no es justo... no!... no quiero
detenerlas... volveré...
D.ª SERAF. Mucho nos alegraremos...
D. CAMILO. (Hun!) Hay dias... muchos dias...
y habiendo dias... hay tiempo...
(*Saludando.*)
(Vamos, me aturdí...) Señoras...
(*Retirándose.*)
Soy digno de un aparejo...
(*Tropieza al salir con don Facundo, y le dice:*)
Perdone usted, señorita!...
D. FAC. Cómo!
D. CAMILO. (*Reconociendo su error y desapareciendo.*)
Jesus!

ESCENA VI.

DOÑA SERAFINA. AMALIA. DON FACUNDO.

D. FAC. Pues va ciego.
Cuidado, que equivocarme
á mí con el bello sexo...
Qué le han hecho á ese infeliz...
D.ª SERAF. Nada, nada, caballero...
(*Bajo á Amalia.*)
Niña, vámonos, que este hombre,
no sé por qué me da miedo.
AMALIA. Oh!... pues á mí no me asusta.
D.ª SERAF. Qué trazas de bandolero!
AMALIA. Ya sabe usted que Sofía...
D.ª SERAF. Sí, ya sé que no son nuevos
en Sofía estos caprichos:
en cuanto ve que un objeto

cualquiera está desechado,
solo por ir contra viento
y marea lo protege...
(*Don Facundo se arrellana en una butaca.*)
No ves, no ves con qué fueros
toma asiento y se arrellana
sin reparar que...

AMALIA. No encuentro
en eso nada de malo...

D.ª SERAF. Es faltarnos al respeto...

D. FAC. (Hum!... ya está la Quintañona
haciendo dengues y gestos...)

D.ª SERAF. Con que vamos...

AMALIA. Pero, tia,
á solas le dejaremos?

D.ª SERAF. Pues andaremos ahora,
me gusta, con miramientos.
Tenemos algo que ver
nosotras con pordioseros?

AMALIA. Que la puede á usted oir...

D.ª SERAF. Qué importa.

D. FAC. Nada.

LAS DOS. (Ah!)

D. FAC. Y por cierto
que hace usted perfectamente
en no apurarse por ello.
La franqueza sobre todo:
estoy curado hace tiempo
de espanto, y nada me asusta
ni me sorprende por nuevo.
Ustedes van á visitas,
y me dejan... muy bien hecho!
Qué cosa mas natural?
Ustedes van, yo me quedo...
y me quedo acompañado...
porque á mi me pasa aquello
que en buen romance escribió
el Fenix de los ingenios...
«A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para estar conmigo
me bastan mis pensamientos.»

Qué le parecen á usted
estos versos?

D.ª SERAF. Bien, muy buenos;
pero aqui no somos voto...

D. FAC. Y estos otros de Quevedo?
«UNA INCRÉDULA DE AÑOS...

D.ª SERAF. (*Dirigiéndose bruscamente al foro.*)
Amalia, abajo te espero.

D. FAC. DE LAS QUE NIEGAN EL FUÉ...

D.ª SERAF. Qué deslenguado!... (*Vase.*)

AMALIA. Hasta luego,
señor de Torrente.

D. FAC. A Dios,
bella niña.

AMALIA. Mucho siento...

D. FAC. Nada, no sienta usted nada;
el mundo de eso está lleno,
y el mundo debe inspirarnos,
mas risa que sentimiento.

AMALIA. Habla usted siempre del mundo
con tal sarcasmo y desprecio...

D. FAC. Es que somos muy amigos...

AMALIA. Pues siendo amigos...

D. FAC. Por eso:
siendo amigos, como tales
á fondo nos conocemos.

AMALIA. Y no será usted injusto?

D. FAC. Esos son cuentos de cuentos...
La edad de usted?

AMALIA. Veinte años.

D. FAC. La de los dorados sueños!...
Viva usted diez años mas,
hija mia... y hablaremos.

AMALIA. Larga fecha...

D. FAC. No tan larga.

AMALIA. Diez años...

D. FAC. Son un momento...
si son de la juventud.

AMALIA. Es amargo...

D. FAC. Con efecto...

AMALIA. A Dios, Torrente.

D. FAC. A Dios, niña...

Si; vale mas que callemos.
AMALIA. (Mucho sufre.)
D. FAC. (Mucho ignora.)
AMALIA. (Infeliz!)
D. FAC. (La compadezco!)

ESCENA VII.

DON FACUNDO.

Veinte años... bueno va:
hoy tranquila está y contenta...
pero que cumpla los treinta
y entonces me lo dirá.
Quién sabe?... y puede que no;
y puede tambien que sí:
y puede ni así ni así...
y puede... qué me sé yo!
Hablar del futuro!... á qué?
del porvenir?... buen trabajo!
á qué... si al fin por debajo
hay que añadir—NADA SÉ!
Gracias que en una cuestion
de presente, lisa y llana,
la pobre razon humana
dar pueda alguna razon...
Dejémoslo estar así,
y no exijamos por ello,
á nada en la tierra, aquello
que dar no pueda de sí.
Soberbio!... este es el busilis...
No son las gentes dichosas
no sé por qué... Por dos cosas:
por ignorancia y por bilis.
Siendo así... por qué á perder
se esponen el cuerpo y alma?
contra la bilis, la calma:
contra el no saber, saber.
Hé aquí mi filosofía:
no soy mas que un aprendiz;
mas pretendo ser feliz...
y me saldré con mia.

Vaya!... pues no he de poder?...
todo se alcanza y gobierna
con esta máxima eterna:
para conseguir, querer.
Pues sigamos su consejo...
Nada hay que falte ni sobre:
no fuí rico? no soy pobre?
no fuí mozo? no soy viejo?
En la mansion terrenal
fundar no quise un Eden?
No les hice á todos bien?
No me han hecho todos mal?
No he cumplido ya treinta años?
No estoy para ser feliz,
pasado por el tamiz...
de cordiales desengaños?
Mi ambicion no es tan modesta
que de modesta se pasa?
Pues digo que está la masa
perfectamente dispuesta.
En matando yo tal cual
sentimiento generoso
que aun bulle en este horroroso
corazon de canto y cal,
la perfeccion conseguí;
porque seré, con efecto,
un egoista perfecto...
que es lo que hay que ser aquí.
Cabeza privilegiada!
inteligencia suprema...
qué lema eliges, qué lema?
el mejor... NADA POR NADA.
Y, vaya si es el mejor!...
Ah... Torrente! Bien te emboscas!
Ja!... ja!... ja!... que me entren moscas...
Seré feliz... sí señor!

ESCENA VIII.

DON FACUNDO. UN PORTERO *con la cartera del despacho.* *Despues* DON ANGEL.

PORTERO. (*Desde el foro.*) Su escelencia.

(*Entra en la habitacion de la derecha.*)

D. Fac. En hora buena.
D. Angel. Hola!... Facundillo aqui?
D. Fac. Aqui Facundillo, si.
D. Angel. De satisfaccion me llena,
y de entusiasmo, y de gloria,
ver á tan corta distancia
á un amigo de la infancia...
D. Fac. Tienes muy buena memoria
para ministro.
D. Angel. Medrados
estamos!... No he de tener?
se opone?...
D. Fac. Pudiera ser...
vi tantos desmemoriados!
D. Angel. Esa es ya en la tierra toda
costumbre muy admitida...
pues! muchas veces se olvida...
se olvida...
D. Fac. Lo que incomoda.
D. Angel. Qué quieres...
D. Fac. Eso es muy cuerdo.
D. Angel. Cuando á esta altura llegamos...
no hay que estrañar...
D. Fac. Qué!... si estamos
perfectamente de acuerdo.
En la comedia viviente
dos mil papeles harás...
mil á solas...
D. Angel. Ahi veras.
D. Fac. Y mil delante de gente.
D. Angel. Y aun es el número escaso;
mas ninguno me embaraza.
D. Fac. Sé que te das buena traza...
y creí que para el paso
no servias...
D. Angel. Oh!... qué error.
D. Fac. Pero ya de él he salido,
pues veo que has comprendido
el papel de gran señor.
D. Angel. (Ya me adula.) Si?
D. Fac. Soy franco.

D. ANGEL. (*Al portero, que sale por la derecha.*)
Cigarros.—El buen Torrente
siempre tan guapo y corriente...!
(*El portero trae en una bandeja de plata cigarros puros. Don Angel ofrece uno á don Facundo.*)
Fumemos.
D. FAC. Son del estanco?
D. ANGEL. Hombre, no!
(*Al portero.*)
Trae con que encienda...
(*Mientras el portero acerca el fuego, dice á don Facundo en voz muy baja:*)
De contrabando.
D. FAC. Ah!... ya sé...
tienes razon, olvidé
que eras ministro de Hacienda.
(*El portero se retira.*)
D. ANGEL. Ja!... Ja!...
D. FAC. Te ries?...
D. ANGEL. Pues no?
D. FAC. Haces muy bien en reir.
D. ANGEL. Claro!... por qué he de sentir...
D. FAC. Eso mismo digo yo.
D. ANGEL. Ya que á solas te he pillado,
vamos un rato á charlar...
D. FAC. No!... tendrás que trabajar,
y no es justo que al Estado
hurte un tiempo tan precioso,
y que él pierda y yo no cobre...
D. ANGEL. Por Dios que al quedarte pobre
te has vuelto ceremonioso.
Hurtar tiempo?... échale un galgo!
Pero, es posible, Torrente,
que creas, y seriamente,
que nos ocupamos de algo?
Que os lo digamos, ya es
otra cosa, hasta ahí estamos;
pues en realidad gastamos
el tiempo en lo que ahora ves.
(*Suelta una bocanada de humo.*)
Con decir—*Bien, está bien.*—
Quedo enterado —y mañana...

todo al momento se allana;
y con nosotros tambien
directores, intendentes,
y demas, se dan buen trato...

D. Fac. Ya!... con que aquí solo el pato
lo pagan los escribientes?

D. Angel. Exactamente; ellos son...
en siguiendo la rutina
se cumple...

D. Fac. Bravo!... divina!...
divina administracion!
Pues, corriente, enhorabuena:
charlemos, ya que en rigor
no hacemos daño...

Portero. Señor?
está la antesala llena...

D. Angel. Quiénes son?

Portero. Viudas.

D. Angel. Mañana.

Portero. Es que ruegan á vuecencia...

D. Angel. Nada; que no doy audiencia:
es hoy diligencia vana...
Di que lo siento infinito;
pero que estoy abrumado...
y gravemente ocupado.
(*El portero se retira.*)

D. Fac. En fumar un cigarrito.

D. Angel. Ves qué pronto los asuntos
despacho?

D. Fac. Con golpes tales...

D. Angel. Los dejo á todos iguales.

D. Fac. Oh!... y en breve hasta difuntos.

D. Angel. Difuntos yo!

D. Fac. Sí en verdad;
sitiándolos por hambre,
cortas el vital estambre...

D. Angel. Por hambre?... vulgaridad!
Eso se dice y refiere
y comenta por ahí;
pero lo cierto es que aquí
por hambre nadie se muere.
En España hambrientos?... Va!

lo que hay es mucho lloron...
mas... tierra es de bendicion,
y Dios para todos da.

D. Fac. Pues si ese es todo el misterio,
y Dios es quien paga y cobra,
entonces todo nos sobra...
nos sobra... hasta el ministerio.

D. Angel. Magistral, bella salida!
qué demagogo te has vuelto!..

D. Fac. No, chico, es que estoy resuelto
á decir verdad.

D. Angel. Por vida!...
Y tú dices la verdad?

D. Fac. Y vaya si la diré!...
por eso me declaré
pobre de solemnidad.

D. Angel. Bien estás!... quede esto asi,
y hablemos de tu pobreza:
vamos á ver, con franqueza,
qué se puede hacer por ti?

D. Fac. Hombre... por mí... poca cosa.
Con mis sueños y doblones,
crucé en todas direcciones
esta vida borrascosa.
Y en fuerza de fé y paciencia,
si bien mi caudal perdí,
en cambio de él adquirí
un buen caudal de esperiencia.
Por tanto, si en este espejo
no te quieres pronto ver,
lo mas que puedes hacer
es pedirme un buen consejo.

D. Angel. Que me place tu manía!
es decir, en conclusion,
que en vez de mi proteccion...

D. Fac. Te brindo yo con la mia.

D. Angel. Chico... vales un Perú.

D. Fac. Quien mas feliz se reputa,
da...

D. Angel. Tú feliz?

D. Fac. Sin disputa;
pero mucho mas que tú.

D. Angel. Ja!... ja!... donosa ilusion!
Pues con lo que hoy te sucede,
entre tú y yo caber puede
siquiera comparacion?
D. Fac. Pues no ha de caber! Aqui,
Angel, todo es relativo:
hagámosla, por Dios vivo;
la ventaja está por mí.
Por ahora en nada cedo:
bajo estoy: muy alto estás:
tú no puedes subir mas,
y yo bajar mas no puedo.
Con que asi, vamos á ver;
quién puede perder mas?
D. Angel. Oh!...
D. Fac. Tú serás, sí; porque yo
nada tengo que perder.
D. Angel. Paradojas, falsedad!
D. Fac. Por buen terreno que escojas,
verás que estas paradojas
son una amarga verdad.
D. Angel. Como siempre delirando!...
D. Fac. Comprendo que no me creas,
porque ahora te recreas
con las delicias del mando.
Mando que á su conclusion
va como una y dos son tres...
Ya verás cuando un reves
cambie la decoracion.
D. Angel. No espero...
D. Fac. Sé que conspiran
tus colegas para echarte...
D. Angel. Oh!... debes tranquilizarte:
pocos temores me inspiran;
no caeré sobre guijarros...
Descuida... de todos modos
saldré...
D. Fac. Saldrás... como todos,
por la puerta de los carros.
D. Angel. Lo dudo.
D. Fac. Deja las dudas...
D. Angel. Puede que en tal ocasion

me lleve la bendicion...
D. Fac. Mucho, si!... la de las viudas.
D. Angel. Vaya!... nos hemos salido
de la cuestion...
D. Fac. No, á mi ver...
D. Angel. Con que estás resuelto á ser
un vagabundo, un perdido?
D. Fac. Hombre, si el serlo consiste
en criticar el abuso,
y no aceptar nada, en uso
del derecho que me asiste,
sí estoy resuelto, cabal;
porque esta vida convida
con la calma apetecida...
D. Angel. Corriente; pero haces mal.
D. Fac. Y qué quieres?... podrá ser...
pero otra cosa dijeras,
Angelillo, si supieras
lo que vale el no tener.
Si aun me empeñara en juntar
los restos de mi fortuna,
pudiera hacerme con una
fortunilla regular.
Muy regular; pero, chico,
ya una vez dado de baja,
encuentro que hay mas ventaja
en ser pobre que en ser rico.
Porque en tanto que vosotros
estais tocando á rebato,
por ostentar un boato
superior unos que otros;
y os engañais con cumplidos,
y vivis á lo Epicuro,
cada vez con mas apuro,
y odiados y escarnecidos,
yo con mi ropa raida,
con mi tranquila conciencia,
mi genial indiferencia,
y esta lengua fementida,
sin envidias, por acá
salgo como el caracol,
alegre á gozar del sol

que Dios de balde nos da.

D. ANGEL. Pues bueno; ya que es tan bella
esa tu filosofía,
siguela... puede que un dia
tengas mucha hambre con ella.

D. FAC. Solo estoy, solo he vivido...

PORTERO. (*Sale.*) Señor?

D. ANGEL. Vuelven á insistir?

PORTERO. Es que no se quieren ir.

D. ANGEL. Eh!... pues dilas que he salido.
Yo haré que esa gente odiosa
se discipline y eduque.

PORTERO. Tambien está el señor duque...

D. ANGEL. El duque!... eso es otra cosa.
(*A don Facundo.*)
El non plus de la etiqueta.
(*Al portero.*)
No le detengas, muchacho;
hazle entrar en mi despacho...

PORTERO. Bien.

D. ANGEL. Por la puerta secreta.
(*Se retira el portero.*)
Voy, voy...

D. FAC. Ya!... justo es que acudas...
á echar otro cigarrito,
y á charlar otro ratito.

D. ANGEL. (*Entrando por la derecha.*)
Qué lengua!...

D. FAC. Sí, pobres viudas!

ESCENA IX.

DON FACUNDO. *Despues* EL PORTERO.

D. FAC. El buen Angel!... á qué estado.
le ha reducido su empleo!
Pues señor, le entró el mareo...
mareado... mareado!...
No obstante, si se medita...
él es hombre de conciencia:
mas... qué diablos!... la influencia
de la época maldita...
Justo!... le ha tendido el palo

de arriba á bajo, de lleno...
por eso de un Angel bueno
ha formado un Angel malo.
El! tan modesto y sencillo,
y ahora... tan no sé qué
de altanero y mala fé...
es ministro... pobrecillo!

PORTERO. (*Sale con una carta por el foro.*)
A don Facundo Torrente,
esta carta del correo.

D. FAC. A mí!

PORTERO. Vea usted.

D. FAC. Ya veo...
es para mí ciertamente. (*Vase el portero.*)
Y quién será el perillan
que se acuerda de Facundo?
No sé... no sé que en el mundo...
(*Abre la carta.*)
Una carta de Amsterdam!
Con letras... cosecha brava!
Y á mi orden!... bien, mejor...
Ah!... el bueno de Bellesfor!
Maldito si me acordaba...

Muy señor mio: No habiendo usted dispuesto de los fondos que de su pertenencia existen ha tres años en mi poder; y comprendiendo que le serán de mayor utilidad en esa corte que amortizados en mi caja, le remito en letras á la vista sobre esa plaza la cantidad...

Pero honrado comerciante,
por Dios trino y verdadero,
para qué quiere dinero
este pobre vergonzante?
Si ya en mi vida ejemplar
ni ambiciones hay ni apuros,
en qué estos miles de duros
tendré ocasion de gastar?
(*Se guarda la carta.*)
Prémiete Dios tu buen celo:
gloria en la tierra te den...
Vaya!... aun hay hombres de bien,
y esto siempre es un consuelo.

ESCENA X.

SOFÍA. DON FACUNDO.

(*Sale Sofía por el foro sin reparar en don Facundo: se desata el sombrero y lo tira sobre un mueble, tomando en seguida asiento con muestras de agitacion.*)

SOFIA. Tenacidad es que asombra!
Siempre ese hombre endemoniado...
detras... delante... á mi lado...
como si fuera mi sombra!
Y en tanto que me molesta,
mi marido muy ufano...
Oh!... dónde hallaré una mano
que me proteja...

D. FAC. (*Presentándole la suya.*) Sirve esta?

SOFIA. Aquí usted?

D. FAC. Hace un momento...

SOFIA. (Si habrá oido...)

D. FAC. Sí señora.

SOFIA. Ah!... cómo!...

D. FAC. Contesto ahora,
Sofía, á su pensamiento.

SOFIA. A la verdad que es muy raro...

D. FAC. Que adivine?

SOFIA. Me confundo...

D. FAC. No sabe usted que Facundo
suele en todo ver muy claro?

SOFIA. Pero ahora, quién diria...

D. FAC. Que es usted muy desgraciada,
y se encuentra abandonada
á si propia?... Esto, Sofía,
se caza al menor desliz...

SOFIA. Pues no sé de qué lo infiere...

D. FAC. Vamos... tambien usted quiere
hacerme creer que es feliz?
Lo sé... por lo que escuché:
por su turbacion presente,
y por lo mucho que siente
que yo lo sepa...

SOFIA. Sí á fé!

D. Fac. Está claro: y lo ha sentido,
y su turbacion es justa,
porque á ninguna le gusta
que sepan que su marido
suele olvidarla en sus ocios:
verla con indiferencia,
y tratar con preferencia
á su muger... los negocios.

Sofia. Torrente!...

D. Fac. Y sé que no halaga
á usted la franqueza mia;
pero, no es cierto, Sofía,
que he puesto el dedo en la llaga?

Sofia. Dios mio!... mas por qué ahora
hablar de ese desengaño?
Le place á usté hacerme daño?...

D. Fac. A usted?... ni á nadie, señora!
Las penas de los demas,
en todo su vario giro,
con indiferencia miro;
pero con gozo... jamas!
Tantos ingratos un dia
me negaron su clemencia,
que, en justa correspondencia,
negarles debo la mia.
Mas nunca olvidaré, no!
que usted, cuando me burlaban,
y mi pobreza insultaban,
su noble apoyo me dió.
(*Con creciente entusiasmo.*)
Este rasgo sin segundo
aqui vivirá guardado...
eternamente grabado
en el alma de Facundo!
Y crei que el alma mia
era incapaz de sentir...
pero usted!... (Qué iba á decir!)

Sofia. Qué?...

D. Fac. (*Esforzándose á reir.*) Nada... nada, Sofía.

Sofia. Solo he cumplido un deber.

D. Fac. Como nadie... se lo fio.
Quiere usted que con el mio

cumpla yo?... Vamos á ver.
Digame, si es tan amable,
qué hombre es ese, dónde está...

SOFIA. Decirlo inútil será...
Puede mucho el miserable!

D. FAC. Oh! tanto poder alcanza
que no hallaremos aquí...

SOFIA Nada!... no temo por mí,
pero temo su venganza.
Es frio, lengua mordaz,
y sabrá esplotar de modo
la calumnia, que... de todo,
de todo será capaz!

D. FAC. Veamos...

SOFIA. Tiempo perdido.

D. FAC. Mas...

SOFIA. Es un amigo infiel
de mi marido; con él
estrechamente está unido.
El guarda... no sé, un secreto...
secreto que le ha fiado
por escrito, y... me ha jurado...

D. FAC. Bravo!... es un mozo completo.

SOFIA. Ve usted?...

D. FAC. Pues!... de ganar trata
á la muger por el hombre.
Su nombre...

SOFIA. No!... no!

D. FAC. Su nombre?...

PORTERO. (*Aparece en el foro y dice:*)
El señor don Fermin Mata. (*Vase.*)

SOFIA. Ah !!...

D. FAC. Fermin Mata...

SOFIA. Si... si...
No quiero verle, Torrente.

D. FAC. Mal hecho... pero corriente.

SOFIA. A Dios.

D. FAC. Descanse usté en mí.
(*Sofía se retira por la izquierda.*)

ESCENA XI.

DON FACUNDO. DON FERMIN.

D. FERMIN. Está el ministro?
D. FAC. Sí está.
D. FERMIN. Y la señora?
D. FAC. Tambien.
D. FERMIN. Pues pásela usted recado.
D. FAC. Le quisiera complacer;
mas... como no soy de casa...
D. FERMIN. Ah!... usted perdone... (pensé
que seria algun criado...)
Ha venido usted, tal vez,
á pretensiones...
D. FAC. Con ese
pretesto hasta aqui me entré;
pero á la verdad, en busca
solo vengo...
D. FERMIN. De...
D. FAC. De usted.
D. FERMIN. A mí me conoce?
D. FAC. Mucho;
y, quién no ha de conocer
al señor don Fermin Mata,
periodista de alta prez,
confidente del ministro...
D. FERMIN. Y usted, sepamos, quién es?
D. FAC. Un hombre que si usted quiere
puede hacerle mucho bien...
D. FERMIN. Usted!!
D. FAC. Le asombra que ofrezca
bienes... con este jaez?
El hábito no hace al monge.
D. FERMIN. Pero... en fin...
D. FAC. Me esplicaré.
(*Con mucho misterio, mirando á todas partes.*)
Nos oirán?...
D. FERMIN. (Vaya un misterio!)
D. FAC. Con que saber quiere...
D. FERMIN. Pues!
D. FAC. Nada mas justo. Un agente

secreto, soy del poder.

D. Fermin. Cómo!

D. Fac. Pero agente en grande,
de los pocos que se ven...

D. Fermin. Es tanta su travesura?

D. Fac. Dicen que hablo con Luzbel...
Puede que mas adelante
llegue usted á entrever
alguna pequeña muestra...

D. Fermin. Nada comprendo.

D. Fac. Seré
ante todo breve y franco.
(*Vuelve á mirar á derecha é izquierda.*)
Nadie nos oye... esto es.
Llaman tonto en este siglo,
á aquel que nada posee;
usted no es rico, y no es tonto;
luego debe poseer.

D. Fermin. Pues no me parece mal
el silogismo... Y á fé
que serán mis acreedores
de igual opinion tambien.

D. Fac. (Hela! hay deudas? hombre al agua.)
Pues si usted quiere tener,
tendrá.

D. Fermin. Pero esas ofertas,
por quién las hace, y por qué?

D. Fac. Este ministro... el de acá,
usted deberá saber
que está mal con sus colegas,
y minándoles...

D. Fermin. Lo sé.

D. Fac. Los colegas por su parte
quieren tenderle la red...
y á mi destreza confian
este pequeño quehacer.
Como el trabajo no es árduo,
y ademas... lo pagan bien,
he dicho, con quién de acuerdo
mejor me podré poner
que con don Fermin de Mata,
su ad latere y confiden...

D. Fermin. Qué escucho!... con que una venta
se atreve usté á proponer...
D. Fac. Don Fermin Mata me oirá,
seguí yo, con interes:
es jóven despreocupado;
le gusta la brillantez
del mundo, y vivir merece
con holgura...
D. Fermin. Mas...
D. Fac. Con tren.
D. Fermin. Me asombra...
D. Fac. Tendrá papeles,
secretos... que podrán ser
de utilidad para el caso;
y como yo no diré
de dónde han salido, es facil
que acepte... Vamos á ver.
Esto dije... y pian pianito
hácia aqui me encaminé.
D. Fermin. Y esa es toda la destreza
tan decantada...
D. Fac. Esta es.
D. Fermin. Pues anduvo usted muy torpe
en esta ocasion...
D. Fac. Si, eh?
D. Fermin. Soy dueño de su secreto,
secreto que haré valer,
cumpliendo con los deberes
de noble y amigo fiel.
D. Fac. Hay una dificultad
que usted olvida...
D. Fermin. Cuál?
D. Fac. Hem!...
que no es muy fiel al marido
quien atenta á la muger.
D. Fermin. (*Desconcertado.*) Cielos!
D. Fac. Y que en él á veces
suele vengarse el desden.
D. Fermin. Silencio!... Mas... cómo sabe...
D. Fac. Soy agente del poder...
D. Fermin. Del demonio!
D. Fac. Sin embargo,

puesto que me equivoqué...
cumpla usted, es muy laudable,
con tan sagrado deber.
Otros recursos me quedan...
y ya que desprecia usted...
lo siento... irá usted envuelto
en la desgracia con él.
Beso su mano...

D. FERMIN. Un instante.
Garantías?

D. FAC. Las daré.
Antes de todo, pagadas
serán en un santiamen
todas son deudas.

D. FERMIN. Que son
muchas.

D. FAC. Y á nosotros, qué?
ni usted ni yo las pagamos...
Ademas, tendrá hasta cien
mil... y aun algo mas de reales
por sueldo anual en cualquier
comision fuera de España...
y usted me dirá despues...

D. FERMIN. Bueno... ahora separémonos.

D. FAC. Corriente.

D. FERMIN. Lo pensaré.

D. FAC. Despacio, nadie nos corre...

D. FERMIN. Adónde verle podré?

D. FAC. Aquí.

D. FERMIN. No es seguro...

D. FAC. Mas
que en ninguna parte... quién
ha de creer que está aquí el foco?...

D. FERMIN. Es claro, sí.

D. FAC. Claro es.

D. FERMIN. En tanto yo con Vinuesa
como siempre seguiré.

D. FAC. Oh!... por supuesto.

D. FERMIN. Y, cuidado...

D. FAC. A mí me encarga...

D. FERMIN. Ya sé
que no es usted mala pua.

D. Fac. Medianilla... pues, y usted?
D. Fermin. Agur.
D. Fac. Le he de ver en grande...
(con un grillete en los pies.)
(*Don Fermin se dirige á la habitacion de la derecha.*)
No buscaba una ocasion
oportuna en que poder
gastar esos pocos reales?...
(*Frotándose las manos, y mirando hácia donde vá don Fermin.*)
Mocito!... ya la encontré.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL. DON FERMIN.

D. ANGEL. Mucho madruga usted hoy.
D. FERMIN. Sabe usted que no descanso
cuando de cumplir se trata
con mi deber.
D. ANGEL. Es esacto;
mas, hoy acá no le traen,
don Fermin, otros cuidados
que los del deber?
D. FERMIN. (Qué escucho!)
No señor... no, los diarios...
recibir sus instrucciones...
D. ANGEL. De veras?... sea usted franco...
D. FERMIN. (Si sabrá!...)
D. ANGEL. No viene usted
un poco sobresaltado?
D. FERMIN. (Me han vendido!... mas no hay pruebas!)
Y, por qué ese sobresalto?
D. ANGEL. Con que no sabe usted nada?
D. FERMIN. Usted dirá... (Descubramos...)
De que se trata?
D. ANGEL. Por ahí,
nada se dice de cambio
de gabinete... de crisis...
D. FERMIN. (Ah!...) No sé nada...

D. Angel. Es estraño...
Usted que las caza al vuelo...
D. Fermin. (Respiro!) Como ahora salgo
de casa y con nadie hablé...
Pero, qué es ello? sepamos...
D. Angel. Que anoche me he decidido
á hollar todos los obstáculos,
y sobre la marcha he roto
el fuego...
D. Fermin. Oh!...
D. Angel. Y he presentado
mi dimision.
D. Fermin. Es posible!
D. Angel. Aprueba usted este paso?
D. Fermin. No mucho... porque eso es
entregarse desarmado...
D. Angel. Ah, don Fermin!... tenga usted
mas confianza en mis cálculos.
Mis amables compañeros
no quieren cederme el campo,
y así me fuerzan á obrar;
mas no pase usted cuidado:
mi doble combinacion
triunfará, no hay que dudarlo.
La dimision... eh! qué importa?
Soy un hombre necesario,
y no me la admitirán...
D. Fermin. (O sí, que está mas abajo.)
D. Angel. Estoy muy bien defendido:
no admitiéndola, está claro,
se tendrán que retirar
mis colegas: encargado
de una nueva formacion
quedaré: en un breve plazo
se hará bajo mi influencia:
nuestro programita al canto:
unos cuantos decretillos
de esperanzas... bien hilados,
y ya tenemos gobierno
para tres meses ó cuatro.
D. Fermin. Con efecto...
D. Angel. Lo ve usted?

D. Fermin. Está muy bien calculado,
y solo falta que el éxito
corone...
D. Angel. Usted entre tanto
escribirá en el periódico
lo que yo le iré notando.
D. Fermin. (Qué magistral presuncion...)
Bueno.
Portero. (*Sale con una carta y dice:*)
Señor?
D. Angel. Qué?
Portero. Me han dado
para vuecencia este pliego...
D. Angel. De quién...
Portero. No sé: el que lo trajo
nada ha dicho...
D. Angel. (*Á don Fermin.*) Tenga usted
la bondad de examinarlo...
(*El portero se lo entrega á don Fermin, y se retira.*)
D. Fermin. (Ya sé lo que es...) Y, he de abrirlo?
D. Angel. Por qué no?
D. Fermin. Y si es reservado...
D. Angel. Y aunque lo sea, qué importa?
no es usted depositario
de muchos secretos mios?
Abra usted, que yo no guardo
para mis amigos...
D. Fermin. Sé
que me honra usted demasiado.
(*Abre el pliego, y lee para sí dando muestras de asombro.*)
D. Angel. Será alguna peticion;
mas por hoy...
D. Fermin. Lance mas raro!...
D. Angel. Qué piden?
D. Fermin. No piden nada.
Dan...
D. Angel. Qué?
D. Fermin. Consejos.
D. Angel. Baratos?
Quién firma?
D. Fermin. No firma nadie.

Es un anónimo.

D. Angel. Aplaudo!
Ja! ja!... anónimos á mí?
Se llevan solemne chasco
si pretenden asustarme.
Oh!... ya conozco la mano
de mis colegas... Será
sobre asuntos del Estado?...

D. Fermin. No... sobre asuntos domésticos.

D. Angel. Domésticos!... y á qué santo...

D. Fermin. Siento que por complacerle
me haya usted puesto en el caso
de enterarme...

D. Angel. A ver...

D. Fermin. No... no!...
le puede dar un mal rato...
desprecie usted estos chismes...
un anónimo...

D. Angel. Qué diablo!...
por despreciado... ya sé
que eso... pero se ha picado
mi curiosidad...

D. Fermin. (Tal quiero...)
Se empeña usted...

D. Angel. Sí, veamos...
por pura curiosidad...

D. Fermin. Bueno... (Caiste en el lazo!)
(*Le entrega el papel, y lee.*)

D. Angel. «Ilustre, sabio y cumplido
el ministro ser podrá;
mas de caer cerca está
en ridículo el marido.
Tema el conyugal desden,
pues deben en esta empresa
los hombres como Vinuesa
serlo todo, y todo bien.
Siga el ministro cual va;
y para evitarse enojos...
abra el marido los ojos,
y si quiere ver, verá.»
(*Arrugando el papel entre las manos.*)
Es diabólica invencion

la del anónimo... rayo
de Dios en el miserable!...

D. Fermín. Lo estaba temiendo... al cabo
le da usted una importancia...

D. Angel. (*Con afectada indiferencia.*)
No!... qué he dar?... bien mirado,
de este hediondo papelucho
no debemos ocuparnos.
Estoy tranquilo... ademas
en esto veo muy claro,
y en mi fuera imperdonable
que me tomara el trabajo
de ponerme á la merced
de cualquiera mentecato...

D. Fermin. (Todo el veneno apuró...)
Su buen pensamiento alabo...
(Calumnia, no tienes precio!)

D. Angel. Es facil que vaya al Pardo
á ver á sus magestades...
pero volveré temprano.

D. Fermin. Aqui á buscarle vendré...

D. Angel. Corriente: con que quedamos...

D. Fermin. En que vendré.

D. Angel. Hasta la noche.

D. Fermin. Y no piense usted...

D. Angel. Qué!...

D. Fermin. Bravo!
(Aunque nada haya que ver,
seguro!... verá al fin algo.)

ESCENA II.

DON ANGEL.

Por do quiera que uno va
siempre espinas, siempre abrojos...
«Abra el marido los ojos,
y si quiere ver, verá...»
Qué he de ver, por vida mia?
Quién entra aqui? Quién osó...
eh!... dudar no puedo yo
de la lealtad de Sofia.

Dudar!... y con ella lidio
en perpetua batahola
porque la dejo estar sola...
(*Breve pausa.*)
Pues por lo mismo... el fastidio...
el amor propio irritado,
achacará á indiferencia
lo que es una consecuencia
de mi posicion, mi estado...
Pero si absolutamente
á nadie trata... ademas,
á ninguno he visto mas
que á Torrente... á ver?... Torrente...
Sospecha vil!... Mas me pasmo
al recordar que... sí, si!...
su empeño en traerle aqui...
y ese fuego, ese entusiasmo
con que á todos habla de él...
Tal vez será una quimera;
pero mi razon se altera
con este infame papel.
Está visto, no hay escudo
contra el anónimo... no!
en ella fiaba yo,
y en este momento... dudo!
Observemos... y si toco
la realidad... qué fatiga!
Hoy me alumbra mi enemiga
estrella... aqui me sofoco...
(*Se asoma á la ventana, y retrocede.*)
Ah!... qué miro... Vive Dios!
Aun mas, pensamiento ruin?
alli estan, en el jardin...
juntos, del brazo los dos.
«Y si quiere ver, verá,»
dice el papel... Por mi fé
que ya he empezado, y veré
cuanto haya que ver... Quién va?
(*Sale Amalia por la puerta lateral izquierda.*)

ESCENA III.

AMALIA. DON ANGEL.

AMALIA. Angel, soy yo.
D. ANGEL. Y dices bien,
que angel eres.
AMALIA. Angel?
D. ANGEL. Sí,
de inocencia para mí.
AMALIA. Y de cariño.
D. ANGEL. Tambien.
AMALIA. Qué tienes?
D. ANGEL. Nada.
AMALIA. Angel mio,
me engañas...
D. ANGEL. Yo? no por cierto.
AMALIA. Es que en tu semblante advierto
un no sé qué de sombrío...
D. ANGEL. Arguyes mal.
AMALIA. No, no arguyo...
D. ANGEL. Pues bien, negarlo es en vano:
oye: el honor de tu hermano
es tambien el honor tuyo.
AMALIA. Verdad.
D. ANGEL. Y cumpliendo fiel,
y en fraternal armonía,
debes en ausencia mia
velar, Amalia, por él.
AMALIA. Pues, acaso yo descuido...
D. ANGEL. Lo que te voy á decir,
con atencion has de oir
y darlo al punto al olvido.
AMALIA. Qué!...
D. ANGEL. He vivido hasta hoy ufano...
pero hoy supe, hermana mia,
que hay quien duda de Sofía...
AMALIA. Pues duda como un villano.
D. ANGEL. Mas bajo!... Segura estás?
AMALIA. Oh!... que si estoy! tan segura,
que es, como esa luz, tan pura,
y, si aun es posible, mas.

D. ANGEL. Me tranquilizas...
AMALIA. Tambien
dudastes...
D. ANGEL. Llegué á sentir...
pero es fuerza destruir
hasta la apariencia...
AMALIA. Y bien?
D. ANGEL. Con quién habla? Qué importuno
entra aqui, que haya podido
causar ese maldecido
rumor?
AMALIA. Ninguno, ninguno:
la han querido calumniar...
no sé por qué, pues Sofía
durante la noche y dia
hace una vida ejemplar.
La hallarás constantemente
ó con la tía, ó conmigo,
ó con Torrente tu amigo...
D. ANGEL. Amalia... observa á Torrente.
AMALIA. Torrente!... le juzgo ageno
de tal crimen...
D. ANGEL. No te asombre,
hermana, Torrente es hombre,
y el hombre no siempre es bueno.
AMALIA. Mas...
D. ANGEL. Qué quieres? me abochorno
de imaginarlo... y no tiene...
AMALIA. Dios mio!...
D. ANGEL. Calla! alguien viene.

DSCENA IV.

AMALIA. DON ANGEL. DON CAMILO.

D. CAMILO. *Signori miei, buon giorno.*
D. ANGEL. Hola!... intrépido censor...
Los periódicos?
D. CAMILO. Ninguna
novedad.
D. ANGEL. Si? qué fortuna!
no hay pullitas?

D. Camilo. No señor.
A los pies de usted... (Divina.)
D. Angel. Nada se ha escapado?
D. Camilo. Ni esto.
Bueno soy yo... por supuesto
que armaré una sarracina
el dia que se resvalen...
(Si obtendré su linda mano?...)
Yo cortaré por lo sano...
en cuanto chillen, no salen.
D. Angel. Bien: á Dios.
D. Camilo. Qué! ya nos deja...
D. Angel. Mi ausencia será muy corta.
D. Camilo. Dicen que hay crisis...
D. Angel. No importa;
en tanto que esté perpleja
la opinion, no habrá desgracias...
(*A Amalia.*)
Pide el coche.
(*Amalia se dispone á salir, y se interpone don Camilo.*)
D. Camilo. No consiento!...
(*Corriendo hácia la puerta lateral derecha.*)
Bernardo! el coche al momento
para su escelencia.
(*Entrando en la habitacion de la derecha.*)
D. Angel. Gracias.

ESCENA V.

AMALIA. DON CAMILO.

D. Camilo. (*Eccomi al fine...* Qué guapa!
voy á rendirla mi fé...
cinco veces lo intenté,
mas lo que es hoy no se escapa.)
Ay!... qué dulcemente vuela
el instante! ay! bienhadado,
ay! cuando se pasa al lado
de la que el alma, ay! desvela!
Amalia. Sigue usted enfermo aun?
D. Camilo. Por qué?... tan solo un quebranto...
Amalia. Como se queja usted tanto...

D. Camilo. Eso, Amalita, es segun...
Estos ayes de dolor
son de cierto afan los créditos...
Amalia. Son?...
D. Camilo. Cuatro versos inéditos
de un ditirambo de amor.
Amalia. Se va usted á las alturas,
y como habla en un estilo
tan elevado, Camilo,
me deja usted siempre á oscuras.
D. Camilo. Ah! qué modesta es usté.
Amalia. No es modestia: es que no entiendo;
y como siga subiendo...
D. Camilo. *Magnifique*!... me bajaré...
tengo un interes supino...
Amalia. Muy bien; el supino ahora!...
y qué es supino?
D. Camilo. Señora...
una raiz...
Amalia. Pierdo el tino...
De qué arbol?... diga en fin...
D. Camilo. Del arbol gramatical;
y en el latin forma...
Amalia. Hay tal?
Y qué sé yo de latin?
D. Camilo. Es cierto; desde este instante...
señorita, á hablar me allano
en un estilo mas llano...
(ignorantuela!)
Amalia. (Pedante!)
D. Camilo. Pues como decia... no;
como yo decir queria,
hablando ayer con su tia,
víctima de un *quid pro quo*
fui de manera tan zurda
y diabólica tambien,
que me he colocado en
la posicion mas absurda.
Amalia. Y yo qué he de remediar?
D. Camilo. Todo: si mi humilde ruego
acepta usted, desde luego
de ella me puede sacar.

AMALIA. Diga usted...
D. CAMILO. Gracias!... Sin est
cinco veces lo he intentado...
Seré mas afortunado,
linda señora, á la sesta?
AMALIA. Lo ignoro... y hasta saber...
D. CAMILO. Pues sepa usted que mi alma
carece há tiempo de calma
y...

(*Aparecen Sofía y don Facundo del brazo por la puerta lateral izquierda.*)

ESCENA VI.

SOFÍA. AMALIA. DON FACUNDO. DON CAMILO.

SOFIA. (*A don Facundo.*)
No lo puedo creer.
D. CAMILO. (*Volviéndose.*)
Cómo que no?
D. FAC. Sí, Sofía...
D. CAMILO. (Y va de seis que me quedo
in albis...)
AMALIA. Con que...
D. CAMILO. No puedo
continuar... otro dia...
SOFIA. Pues creo que son mayores
los inconvenientes.
D. FAC. Oh!...
SOFIA. Cabal, Facundo, y sino,
que lo digan los señores.
AMALIA. Qué es ello?
D. CAMILO. Saber quisiera...
SOFIA. De cierta cuestion tratamos,
que Torrente y yo miramos
de muy distinta manera.
D. CAMILO. Pues eso es grave en verdad.
AMALIA. Y es la cuestion?
SOFIA. La siguiente.
Dice el amigo Torrente
que encuentra la sociedad
tan falaz y corrompida,

que no puede al hombre honrado
ofrecer en tal estado
ningun encanto la vida.

D. Camilo. Distingo, porque si bien
la cuestion es un enigma,
no faltará un paradigma
que le demuestre tambien,
lo que en creer no vacilo,
porque sigo la opinion
de Platon, Bacon, Buffon...

Amalia. Perdone usted, don Camilo.
Ya nos va usted á encajar
esa eterna letanía
de autores?...

D. Camilo. Señora mia...

Amalia. Opine usted sin citar,
que hay goces, que destruir
no puede la corrupcion...

D. Camilo. Pues si era esa mi opinion;
si eso mismo iba á decir...

Amalia. Ya!.., pero cuándo?...

D. Camilo. Con todo...
yo siempre al hablar me fundo...

Sofia. Con que ya ve usted, Facundo,
pensamos del mismo modo
Amalia y yo.

D. Camilo. Y yo.

D. Fac. Los tres
en contra mia?... no obstante...

Sofia. Que vencemos.

D. Fac. Adelante,
discutamos.

D. Camilo. Eso es.

D. Fac. Convendrá advertir de paso
que al sostener eso aqui,
solamente hablo por mi,
y los que esten en mi caso.
Aquellos que no lo esten
hallarán de encantos llena
la vida: mi enhorabuena
les doy; que lo pasen bien.
Bajo este punto de vista,

ya que estamos unos cuantos,
de la vida á los encantos
vamos pasando revista.
Qué encantos podrá encontrar
el hombre que siendo honrado,
pobre está y desengañado?
Me los quereis señalar?

AMALIA. Muchos, muchos, si señor:
muchos hay de varios modos
que son comunes á todos.
El amor...

D. CAMILO. Pues!... el amor...

D. FAC. El amor!... dios de gentiles:
dios de perpetua ceguera:
dios que alimenta su hoguera
en las almas juveniles.
dios de frenéticas iras:
de ocultos y dobles lazos:
de aventuras y porrazos:
de escándalos y mentiras!
De ese dios de tanto brio,
señoras, segun mi cuenta,
desde que cumplí los treinta
tranquilamente me rio.
Me direis que hay otro amor
puro, eterno, delicioso,
delicado, misterioso,
velado en casto pudor:
amor que á los trovadores
brinda coronas y palmas:
amor que lleva las almas
por una senda de flores.
Y las une, y fiel en pos
guardando va su fortuna:
que si quiere matar una,
tiene que matar las dos...
Oh!... si, ante este amor será
preciso rendir el cuello,
y confesar que es muy bello...
pero este amor... dónde está?
Amor es duende importuno,
que al mundo enredado trae:

todos dicen que le hay,
mas no le ha visto ninguno.

SOFIA. No le habrán visto, en buen hora;
pero si á buscarle van,
al cabo le encontrarán...

D. CAMILO. Dice muy bien la señora!

D. FAC. Oid: como uno de tantos,
lo digo sin que me pese,
me lancé un tiempo tras de ese
encanto de los encantos.
Me puse de él en acecho,
y al fin clamé dolorido...
—Hermosas, amor os pido;
pero no amor contrahecho,
sino amor verdad.—Yo!... yo!...
tengo ese amor—me dijeron...
y amor verdad me ofrecieron
todas... Y qué sucedió?
Una, fingiendo disgustos,
para mas esclavizarme,
se propuso asesinarme
dándome celos y sustos:
otra, de ardiente pasion,
de repente huyó de mi,
porque á su faldero dí
sin querer un pisoton:
otra, de raptos soberbios,
me dejó plantado un dia,
por qué?... porque no creia
en sus ataques de nervios:
otra... y otras... mil primores,
para alivio de mis males,
ostentaron sino iguales,
creedme... mucho peores.
Y todas, sí, me ofrecieron
fé sincera al empezar;
y ó se hubieron de engañar,
ó sino... todas mintieron.
No debe esto arrancar llanto,
ni será malo en rigor...
pero este encanto de amor
para mi no ofrece encanto,

AMALIA. Si por la ley del capricho
se empeña en juzgar asi...
D. FAC. Cuidado que hablo por mí,
y que con tiempo lo he dicho.
Alguno habrá tan cabal
en esta amorosa esencia,
que á solas con su conciencia
decir pueda—soy leal?—
Yo desde luego saludo
á tan noble y digno ser:
alguno habrá, puede ser,
puede ser... pero lo dudo.
AMALIA. Pues hay, ya que juzga asi,
que declarar á Torrente
en amor impenitente.
D. CAMILO. Impenitente... sí! sí!
SOFIA. Los encantos de la vida
no los forma solo amor:
otros hay de igual valor,
y aun mayores...
D. CAMILO. Decididamente que eso es la verdad.
SOFIA. Tan árido encuentra el mundo?
y la amistad, don Facundo?
D. CAMILO. Muy bien dicho! y la amistad?
D. FAC. Amistad entre mendigos?
que pase, que pase en blanco:
el pobre tiene... soy franco,
cara de pocos amigos.
Si usted... que es una escepcion
de cuanto hoy hemos hablado,
no me hubiera ayer prestado
su alta y noble proteccion,
de esta ilustre casa, al fin,
ayer hubiera salido
como un estraño, un perdido,
un cualquiera, un galopin.
Amigos!... tuve, recuerdo,
de varias clases y modos
mil!... pero hoy me dicen todos,
si te he visto, no me acuerdo.
Y si salvando barrancos,

esa multitud liviana
volviera á verme mañana
como en otro tiempo, en zancos,
vendria la multitud
otra vez, sin vacilar,
á festejarme y cuidar
de mi importante salud.
No los culpo, ni me espanto:
la vida es muy azarosa...
Capítulo de otra cosa:
vamos á ver otro encanto.

SOFIA. Hay otro que ciertamente
aceptará usted de grado...
Sí!... porque lo ha practicado...

D. FAC. Cuál?

SOFIA. La caridad, Torrente.

D. CAMILO. Qué tiene que replicar?
Y la caridad?

D. FAC. Muy buena;
de encantos y goces llena
para el que tiene que dar.
Un tiempo dí tanto y cuanto:
puse alegre á mas de un triste;
despues me he quedado al piste
y se me acabó el encanto.

SOFIA. Y la ambicion?

D. CAMILO. Duro en él!
Y la ambicion, caballero?

D. FAC. Digo que es un majadero
el que ambiciona...

D. CAMILO. Es cruel...

D. FAC. La ambicion que mas encierra,
la mas grande y mas potente,
se cubre sobradamente
con siete palmos de tierra.

SOFIA. Hay para volverse loco,
Facundo, pensando asi:
qué le queda entonce?...

D. FAC. A mí?
me quedo yo, que no es poco.
Sí, me queda lo que el hombre
no siempre logra obtener...

la ciencia de conocer
cada cosa por su nombre.
Me queda este buen cariz,
y me queda por divisa
ja!... ja!... ja!... esta pobre risa
con la que soy muy feliz.
Pero por favor les pido
que esto quede en tal estado...

SOFIA. Es mejor... si!...

D. CAMILO. Por dejado...
(Qué bien nos hemos batido!)

D.ª SERAF. (*Dentro.*) Qué infamia!... qué picardía!

AMALIA. Qué voces...

SOFIA. Qué ha sucedido?

(*Sale doña Serafina por la puerta lateral izquierda con un periódico en la mano.*)

ESCENA VII.

SOFÍA. AMALIA. DOÑA SERAFINA. DON FACUNDO. DON CAMILO. *Despues* DON ANGEL.

D.ª SERAF. Atacar asi la honra,
la reputacion...

D. ANGEL. (*Sale por la derecha.*)
Qué gritos
son estos?

D.ª SERAF. Debes poner
al autor en un presidio!
Insultar de esta manera
á un hombre que es mi sobrino...

D. CAMILO. (Cielos!... Se me habrá escapado...)

D. ANGEL. Pero, veamos...

D.ª SERAF. Perdidos!
(*A Torrente.*)
Lea usted, aqui, lea usted...
esto es execrable!... inicuo!

D. FAC. (Lee.) «*Hoy hace tres meses que el Excmo. señor don Angel de Vinuesa ocupó la silla ministerial. S. E. ha dado en este tiempo tres magníficos saraos, en los que ha invertido la miseria de medio millon de reales.*

»*S. E. financiera tiene un gusto esquisito para esta clase de espectáculos.*

»*Por último: S. E. era pobre al entrar en el ministerio; pero indudablemente es digno de aplauso, porque en solos* NOVENTA DIAS, *ha sabido aumentar* LA HACIENDA *de un modo prodigioso.*»

D. ANGEL. (*A don Camilo.*) No dijo usted...

D. CAMILO. Sí señor...
y nuevamente me afirmo...

D. ANGEL. Cómo ha pasado este párrafo
tan ofensivo?...

D. CAMILO. Ofensivo!
pero, adónde está la ofensa?
yo... por mí... no la distingo.
Qué dice ese pobre párrafo?
Que há tres meses que es ministro:
Es verdad.—Que tiene usted
un gusto el mas esquisito
para dar bailes... Verdad.—
Y añade, que es usted digno
de aplauso por...

D. ANGEL. (*Volviendo la espalda.*) Es usted
muy torpe, caballerito...
(*Vase por la puerta lateral derecha.*)

D. CAMILO. Podrá ser; pero señor...
(*Tomando el periódico y dirigiéndose á Sofía.*)
Este párrafo maldito,
qué tiene? Dígame usted...

SOFIA. (*Con despego y retirándose por la izq.*)
No entiendo de eso.

D. CAMILO. (*Dirigiéndose á Amalia*). El sentido
de la frase está bien claro,
y apelo...

AMALIA. Digo lo mismo
que Sofía. (*Vase.*)

D. CAMILO. (*Dirigiéndose á doña Serafina.*)
Usted, señora,
al fin convendrá conmigo
en que es lo mas inocente...

D.ª SERAF. Convengo en que no ha debido
dejar correr ese insulto;
ya que no por mi sobrino,

por mí... que si me arrepiento...
D. Camilo. Pero señora!...
D.ª Seraf. Lo dicho. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON FACUNDO. DON CAMILO.

D. Camilo. Qué gente tan obcecada!...
Y me han puesto de lo lindo...
(*A don Facundo.*)
Vamos, usted falta solo;
insúlteme usted... por Cristo!...
D. Fac. Hombre, yo, qué he de insultar?
Usté es un hombre sencillo...
D. Camilo. Gracias á Dios que ya hay uno
que me hace justicia! Digo
que yo no encuentro este párrafo
tan atroz y subversivo
que merezca que ninguno
por él altere su espíritu.
Y usted, señor de Torrente,
opina conmigo.
D. Fac. Opino
que es una barbaridad...
D. Camilo. Cómo!...
D. Fac. Un ataque durísimo...
D. Camilo. Tambien usted?... mas si dice...
D. Fac. Que el personage aludido
es un... (*Le habla al oido.*)
D Camilo. De veras?
D. Fac. Pues no?
D. Camilo. Mas yo me atengo á lo escrito...
D. Fac. La palabra *hacienda* está
subrayada.
D. Camilo. Y no es ministro
de Hacienda?
D. Fac. Pero ahí alude,
y de un modo bien esplícito,
no á la Hacienda del Estado,
sino á la del individuo.
D. Camilo. Calle usted! con que á esto llaman...

D. Fac. Jugar el equivoquillo.
D. Camilo. Pues he pecado...
D. Fac. De bobo.
D. Camilo. Señor Torrente!
D. Fac. Amiguito,
esa es la frase... no invento.
D. Camilo. Qué demonio de purismo!...
Con que en reasumidas cuentas
es decir que estoy perdido?
A Dios boda, empleo, todo
se hundió en este cataclismo!
D. Fac. Boda?
D. Camilo. Esperaba casarme,
ese era al menos mi pio,
con Amalia...
D. Fac. Con Amalia?
D. Camilo. Pero ahora... desatino!
me abandonan todos... voy
á pegarme cuatro tiros!
D. Fac. Hombre, no! para qué tantos?
D. Camilo. Si ya se ha desvanecido
mi esperanza... Y, mire usted!
tengo prestados servicios...
Pero aqui se olvida todo,
y vengo á sacar en limpio,
despues de tantas fatigas,
que mis cálculos han sido
pues!... castillos en el aire,
châteaux en Espagne, que decimos
los franceses...
D. Fac. Puede ser...
D. Camilo. Qué!... no señor; me he lucido!
D. Fac. Aun hay esperanza...
D. Camilo. Qué oigo!
D. Fac. Para tanto no hay motivo...
D. Camilo. Es verdad.
D. Fac. Yo influyo aqui...
D. Camilo. Tambien es verdad, muchisimo!
D. Fac. Y creo que si me empeño...
D. Camilo. Caballero!... usté es mi tio!
mi papá... mi!...
D. Fac. Con las damas...

de hecho, sí, le rehabilito.
D. Camilo. Oh!... y si pudiera tambien,
una vez que me cobijo
debajo su pabellon,
sacarme algun destinillo...
D. Fac. Tambien eso? bien, veremos...
D. Camilo. Rompa mi labio en cien himnos...
D. Fac. Para qué?... no!... basta, basta:
seguro hasta el infinito
estoy de su gratitud...
Esta noche van al Circo
las señoras... Vuelva usted,
y haremos que don Camilo
las acompañe...
D. Camilo. (*Con entusiasmo.*) Oh!... Torrente,
claro, bravo, raudo... epítetos
no encuentro para encomiar...
D. Fac. Bien; por hallados y dichos.
Con que, vaya... agur...
D. Camilo. A Dios,
Mecenas esclarecido.
He de escribir un poema,
un drama y noventa artículos...
D. Fac. No, por Dios!...
D. Camilo. Sí!... que eternicen
su memoria...
D. Fac. No hay destino!
D. Camilo. Pues bien... enmudeceré...
Tan noble modestia admiro!

ESCENA IX.

DON FACUNDO.

Vaya, que me ha dado un rato
el bueno de don Camilo,
con sus apuros, su estilo,
y su cómico arrebato...
Por él, hasta me olvidé...

(*Sale don Angel por la puerta lateral derecha, como abismado en profundas reflexiones. Sin reparar en*

don Facundo, se dirige lentamente á su despacho, y entra en él.)

Hola!... el ministro?... qué es esto?
qué preocupado!... qué gesto!...
tendremos naufragio? A fé...

ESCENA X.

DON FACUNDO. DON FERMIN.

D. FERMIN. Caballero... usted aqui...
D. FAC. En la torre del vigía...
D. FERMIN. Espiando...
D. FAC. Pues, de espía.
D. FERMIN. Entró en su despacho?
D. FAC. Si.
D. FERMIN. Mis pagarés?
D. FAC. (*Saca un rollito de papeles.*) Aqui estan.
D. FERMIN. Ya veo que cumplen fieles...
D. FAC. Los papeles?
D. FERMIN. Los papeles,
esta noche los tendrán.
D. FAC. Por qué ahora no? qué misterio...
D. FERMIN. No hay ninguno en cuanto á mí...
Corren voces por ahí
de que truena el ministerio.
D. FAC. Pues bien, pues por eso aguardo
que...
D. FERMIN. Todo se arreglará:
nuestro don Angel saldrá
muy en breve para el Pardo.
Ausente él... por vida mia
no perderé la ocasion
de arreglar cierta cuestion
de esquiveces con Sofía.
Si ella no amaina despues
en sus rigores crueles...
le daré á usted los papeles.
D. FAC. (*Guardando el rollo en el bolsillo.*)
Y yo á usted sus pagarés.
D. FERMIN. Queda convenido asi.
D. FAC. Que la fortuna le asista.

D. Fermin. No quiero perder de vista
á nuestro hombre...
(*Entrase por la derecha.*)
D. Fac. Ni yo á tí.

ESCENA XI.

DON FACUNDO. DON CAMILO, *con la mayor agitacion.*

D. Camilo. Ay!... me han dicho en el camino...
será verdad?...
D. Fac. Qué?
D. Camilo. Es muy serio...
(*Bajando la voz.*)
Que se aplana el ministerio.
D. Fac. Que se aplane.
D. Camilo. Y mi destino?
D. Fac. Eh!... no pase usted apuro...
D. Camilo. Si entran otros, no es posible...
D. Fac. Manténgase usté impasible...
D. Camilo. Con que, es seguro?
D. Fac. Seguro.
Como que voy esprofeso
ahora mismo...
D. Camilo. Ah!... gran Torrente,
astro de luz refulgente...
Voy á darle á usted... un beso!
D. Fac. (*Rechazándole, y dirigiéndose hácia el fondo.*)
Quite usted, hombre!
D. Camilo. Mi afan...
D. Fac. Qué!...
D. Camilo. Mi amor...
D. Fac. Nada!...
D. Camilo. Mi sed...
mi gratitud...
D. Fac. Bese usted
á la burra de Balaam!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL. EL PORTERO.

(*Salen por la puerta lateral derecha.*)

D. ANGEL. Y, nadie mas ha venido?
PORTERO. No mas que esos tres ó cuatro...
D. ANGEL. Las señoras?
PORTERO. Al teatro
del Circo, creo que han ido.
D. ANGEL. Rabio... y ellas de funcion...
PORTERO. Me manda algo mas vuecencia?
D. ANGEL. No: déjame... Esta impaciencia
me desgarra el corazon.
El demonio anda aqui suelto...
sí, será mas oportuno... (*Al portero.*)
Venga quien venga, á ninguno,
oyes?... le dirás que he vuelto.
(*Vase el portero.*)
No lo esperaba en verdad!
He ido allá... tiempo perdido!
ni hablar, qué hablar? no he podido
ni aun ver á su magestad.
Por Dios que estoy en un brete...
qué es esto? qué confusion...
Si acepta mi dimision...
se exhonera al gabinete...

Es mucha fatalidad!
Yo en desgracia? no... qué hice?...
Sí!... bien claro me lo dice
esta muda soledad.
Ayer felicitaciones
por todas partes llovian,
y aqui en tropel acudian...
hoy... desiertos mis salones!
Y ayer estaban beodos
de entusiasmo... ah, buen Facundo!
bien dices, que tiene el mundo
desengaños para todos.
Bueno: tanto sinsabor
en las lides actuales,
nos deja á todos iguales...
Ello dirá... qué rumor?...
Me ha parecido que oia...
(*Escuchando hácia la izquierda.*)
Mas si han salido... Aqui hay gente.
Sí!... no es la voz de Torrente?
no es tambien la de Sofia?
Y aqui vienen... cómo oir...
ah!... que aun ignoran los dos
que estoy de vuelta. Hoy, por Dios!
de dudas voy á salir.

(*Desaparece por la puerta secreta. Salen por la izquierda Sofia y don Facundo.*)

ESCENA II.

SOFÍA. DON FACUNDO.

D. Fac. Con que hasta de mi sospecha?
Sofia. Asi al partir me lo ha dicho.
D. Fac. Pues señor, no es mal capricho...
criminales de esta hecha!
Sofia. Perdónele usted la duda:
cuando un anónimo infame
hay por medio, aunque se llame,
aunque á la razon se acuda,
se altera mucho el reposo.
D. Fac. Por dicha, seguro estoy,

de que pronto, tal vez hoy,
desengañaré á su esposo.

SOFIA. Tampoco hay necesidad
de ese estremo...

D. FAC. No ha de haber!

SOFIA. El tiempo... qué va usté á hacer,
Facundo, en la soledad?

D. FAC. No hacer nada: lo que el vago...
Haz bien, sin mirar á quien,
dice el refran... Y hago bien,
y ya está usted viendo el pago.
Para que no haya querellas,
no hay como vivir, señora,
ó durmiendo hora tras hora,
ó contando las estrellas.

SOFIA. Pero si ya conocemos
al que lo pudo escribir,
y vamos á descubrir...

D. FAC. Y bien, lo descubriremos;
y de una accion tan villana
se tendrá al fin que acusar;
mas, quién nos podrá librar
de otro anónimo mañana...
ó de otras mil cosas bellas
que vendrán de contrabando?
Nada!... ó durmiendo ó fumando,
ó contando las estrellas.
Lo mas firme, está pendiente
de un pobre cabello aqui:
ja!... ja!... déjeme usté á mí,
que yo conozco mi gente.

SOFIA. Mientras pueda me opondré
á que asi nos abandone.

D. FAC. Y un átomo, qué supone
en medio el espacio? qué?
Lo importante es que ese loco
no cause á usted mas quebranto...
á usted... que merece tanto...
y que consigue tan poco!

SOFIA. Paciencia Dios me dará.

D. FAC. El quiere en este momento
que sea yo su instrumento.

Oigo pasos... si será...
(*Observando por la puerta lateral derecha.*)
Es el mismo, amiga mia.

SOFIA. Oh! no le quisiera ver...

D. FAC. Por Angel!...

SOFIA. Cumplo un deber...

D. FAC. Confianza en Dios, Sofia.

(*Entrase por la puerta lateral izquierda, y sale por la derecha don Fermin.*)

ESCENA III.

SOFÍA, DON FERMIN.

D. FERMIN. Tan solitaria? á fé mia
que soy por demas dichoso.

SOFIA. Si á buscar viene á mi esposo,
puede volverse.

D. FERMIN. Lo haria
si por él viniera; pero...
si á buscar vengo otro bien,
volverme debo tambien?

SOFIA. Con mas razon, caballero.

D. FERMIN. Vengo de paz esta vez.

SOFIA. Eso lo mismo me da.

D. FERMIN. Nunca término tendrá,
señora, tanta esquivez?

SOFIA. Nunca.

D. FERMIN. Nunca?

SOFIA. Es juramento.

D. FERMIN. Pues siento que jure asi.

SOFIA. Lo sentirá usted por si.

D. FERMIN. Aun mas por usted lo siento.
Ya ha debido conocer
la desdeñosa Sofia
el temple del alma mia:
sé amar... y sé aborrecer.
Amando... será preciso
confesar que no hay amante
mas fiel que yo, mas constante;
no hay esclavo mas sumiso.
Aborreciendo... piedad

en vano es buscar en mí:
soy cruel... muy cruel... sí!
hasta la sublimidad!
Ahora bien; hoy debe ser
la vez postrera que hablemos
de estos amantes estremos;
con que usted puede escoger
el que mejor le perezca:
llegó de elegir la hora;
qué me manda usted, señora?
Huya de que la aborrezca!

SOFIA. Ya sé que es usted audaz,
y sé por mi mal, señor,
de cuánto enojo y rencor
tambien es usted capaz.
En este no pondrá tasa:
si en mí no puede, en mi esposo
se vengará, y el reposo
ahuyentará de esta casa.
Pero aunque males sin cuento,
aunque suframos azares,
aunque profundos pesares
nos dé su aborrecimiento,
y al cabo sucumba yo
en esta guerra falaz...
no quiero comprar la paz
con mi infamia... no, no, no!
Y esto que firme decido,
no es solo por el tesoro
de mi honra... es porque adoro
con pasion á mi marido.
Y amándole con pasion,
y siendo noble ademas,
está claro que jamas
hacerle podré traicion.
Sépalo ya de una vez:
para vencer, caballero,
tiene que vencer primero
á mi amor y mi honradez.
Ambos los juzgo invencibles,
y le ruego, y esto baste,
que su tiempo no malgaste

en pretender imposibles.
No trato de exasperar
sus iras de esta manera:
á toda costa quisiera
poderme de ellas librar.
Si aun es tiempo, si ocasion
puede haber tan oportuna
en que escuche una vez, una,
el grito de la razon,
lo mas... y Dios me es testigo
de la fé con que procedo,
lo mas... oh!... lo mas que puedo
llamar á usted... es amigo.

D. FERMIN. Eso no templa la sed
ardiente que me devora...
amigo!... es poco, señora.

SOFIA. Pues, aborrézcame usted!
esto por mejor lo escojo:
su venganza no me abate:
que ruja y que se desate
el huracan de su enojo.
Pero tema usted el dia
en que tanta atroz vileza
caiga sobre su cabeza.

D. FERMIN. Eso será cuenta mia.

SOFIA. Acabemos.

D. FERMIN. Oh!... por mi...

SOFIA. Salga usted.—No me ha escuchado?

D. FERMIN. (*Sentándose.*) Sí tal; pero me ha mandado
su esposo aguardarle aquí.
Al volver que hablar tenemos...

SOFIA. Tambien al volver sabrá
cuanto ha pasado.

D. FERMIN. Ja!... ja!...
será tarde!

SOFIA. Lo veremos.

(*Se retira por la izquierda, y poco despues sale por la puerta lateral del mismo lado don Facundo.*)

ESCENA IV.

DON FACUNDO. DON FERMIN.

D. FERMIN. Oh!... muy tarde! Entre los dos
toda tregua ha concluido:
guerra, pues que la ha querido...
guerra á muerte, vive Dios!
D. FAC. Llego á tiempo?
D. FERMIN. Que si llega?...
al mejor.
D. FAC. Y eso?
D. FERMIN. (*Dándole unos papeles.*) Hélo aqui.
D. FAC. Estan todos?
D. FERMIN. Todos, si.
D. FAC. Voy al punto á hacerle entrega...
D. FERMIN. Bien: no hay tiempo que perder...
ese hombre en el Pardo está,
y si lo dejan, será
facil que vuelva al poder.
D. FAC. Y que vuelva... mas trabajo
para él: que suba ciego,
de este modo vendrá luego
con mas estrépito abajo.
(*Registrándose los bolsillos.*)
Dónde estan los pagarés...
pero alguien llega... por vida...
voy á buscar mi guarida...
ya nos veremos despues.

(*Se retira por la puerta lateral izquierda: por la de la derecha sale don Angel.*)

ESCENA V.

DON ANGEL. DON FERMIN.

D. ANGEL. (Téngame Dios de su mano.)
D. FERMIN. Señor don Angel Vinuesa...
D. ANGEL. Hola... don Fermin, amigo.
D. FERMIN. Con la mayor impaciencia
esperaba á usted...
D. ANGEL. Qué diablo!

siento su inútil molestia...
D. Fermin. Inútil?
D. Angel. Inútil, si.
D. Fermin. Pues cómo...
D. Angel. Todo por tierra:
por ahora descendimos
de nuestra elevada esfera.
D. Fermin. Con que ninguna esperanza...
D. Angel. Ninguna, ninguna queda.
D. Fermin. Qué injusticia!
D. Angel. Amigo mio...
qué le hemos de hacer? paciencia.
D. Fermin. Me duele con toda el alma...
D. Angel. Lo creo: usted que me aprecia
tanto, tanto!... tanto!... tanto!
Usted que me ha dado pruebas
de la adhesion mas leal...
está claro; será inmensa
su afliccion...
D. Fermin. Exactamente...
D. Angel. Pues amigo, para estas
ocasiones son los hombres;
la altivez, la fortaleza.
Tome usté ejemplo de mí,
que batallo con diversas
calamidades, y llevo
alta la frente y serena.
Ya ve usted... en la desgracia,
y á mas con la duda horrenda
que llevo en el corazon...
el anónimo...
D. Fermin. Aun recuerda...
D. Angel. Hum!... qué quiere usted? daria
la mitad de mi existencia
por descubrir al amigo
que lo escribió... ó al que intenta
divertirse con mi honor...
D. Fermin. Si eso será alguna treta...
D. Angel. Tiene usted razon... será...
si... será... lo que Dios quiera!
D. Fermin. (Qué agitado está!...)
D. Angel. Una vez

que por nuestra mala estrella
el poder nos arrebatan,
comprenderá usted que nuestra
comunicacion política,
como inútil, tambien cesa.

D. FERMIN. Precisamente.

D. ANGEL. Por eso
será bien que me devuelva
la correspondencia mia
que...

D. FERMIN. Complacerle quisiera;
pero la inutilicé
á su tiempo...

D. ANGEL. Sí? de veras?

D. FERMIN. Duda usted?

D. ANGEL. Dudar? no!... no!...
Dudar de usted?... tal ofensa
jamas, jamas hago al hombre
que estrechó una vez mi diestra.

D. FERMIN. (Ya es por demas la ironía...
si pensará!...) Pues que cesan
desde hoy nuestras relaciones
políticas, será fuerza
que la vida del periódico
tambien concluya con ellas.

D. ANGEL. No veo la precision:
usted sabe de estrategia,
y puede, cambiando el título,
al gabinete que venga
prestar servicios...

D. FERMIN. No es facil...

D. ANGEL. No es facil!... por qué?

D. FERMIN. Se adeudan
varias sumas... las que usted
se comprometió...

D. ANGEL. Y desea
que las abone...

D. FERMIN. Sin eso
no es posible que la empresa
marche... Usted nos ofreció...

D. ANGEL. Y cumpliré mis ofertas...
(Aunque tenga para ello

que volver á la indigencia.)
A cuánto ascienden las sumas?

D. Fermin. Me parece que la cuenta
conservo aqui... justamente
dentro está de mi cartera.
(*Saca un papel.*)
Asciende á sesenta mil
quinientos ocho, con treinta.

D. Angel. (Todo mi dinero!...) Bien:
será al punto satisfecha.
Entre usted en mi despacho
y el recibi ponga en ella.

D. Fermin. No es urgente...

D. Angel. Si!... quiero hoy
cobrar y pagar mis deudas.

(*Entra don Joaquin por la derecha, y sale don Facundo por la puerta lateral izquierda.*)
Yo perderé mi fortuna:
tú perderás la cabeza.

ESCENA VI.

DON FACUNDO. DON ANGEL.

D. Fac. Mal hecho.

D. Angel. Qué!... tú, Facundo!...

D. Fac. Me miras y te avergüenzas?...
(*Con ironía.*)
Si eres muy feliz!... Alli
tu muger de angustia llena
está derramando lágrimas
porque has dudado...

D. Angel. Mas penas!

D. Fac. Anda y pídela perdon:
lo alcanzarás, es muy buena!

D. Angel. No!... que en tanto ese malvado
se me puede escapar...

D. Fac. Deja...
déjame á solas con él:
yo le ajustaré las cuentas.

D. Angel. Quiero arrancarle primero...

D. Fac. El qué?... tu correspondencia?

pues si no hay otro motivo,
te vas... toma; á ver si es esa?

D. ANGEL. Ah!... pues no dijo el infame...
D. FAC. Que va á salir... aligera!...
D. ANGEL. No!... no debo...
D. FAC. Detenerte.
D. ANGEL. Pero...
D. FAC. (*Llevándosele violentamente, y haciéndole entrar por la izquierda.*)
No hay que darle vueltas:
entre usted, señor don Angel;
déjeme hacer, y obedezca.
Qué demonio de ex-ministro!...
siempre fué duro de testa.

ESCENA VII.

DON FACUNDO. DON FERMIN.

D. FERMIN. Y Vinuesa?
D. FAC. Se afufó.
D. FERMIN. Cómo!... no acierto á esplicar...
D. FAC. Eh!... no importa; en su lugar
aquí me he quedado yo.
D. FERMIN. Usted?...
D. FAC. Como soy Facundo.
D. FERMIN. Pues usted con él qué tiene?...
D. FAC. Tengo... lo que me conviene;
porque, amigo, este es el mundo.
D. FERMIN. Se está burlando de mí?
D. FAC. Algo hay de eso. Me ha nombrado
há poco su apoderado,
y por ende estoy aquí.
D. FERMIN. Cielos!
D. FAC. El tiempo fugaz
vuela...
(*Quitando á don Fermin el papel que tiene en las manos.*)
Qué es esto? Presenta
contra Vinuesa esta cuenta?
Bueno: en pagándola, en paz.
Tiene ya el recibí?... Pues!
Puede usted decir que cobra
(*Le entrega un rollo de papeles.*)

pronto y bien: ahí va de sobra.

D. Fermin. Con mis propios pagarés
abona usted!...

D. Fac. Sí señor:
larga copia de ellos va...
qué otra firma haber podrá
que conozca usted mejor?

D. Fermin. Ira de Dios! qué sorpresa!
los papeles, pronto... á ver!...

D. Fac. Si no estan ya en mi poder.

D. Fermin. No! quién los tiene?

D. Fac. Vinuesa.

D. Fermin. Traidor!!...

D. Fac. Como Judas, sí;
solamente, caballero,
que aquel vendió por dinero,
y yo por vender, lo dí.
Usted no fué previsor,
y no vió tras del agente
á don Facundo Torrente...

D. Fermin. Torrente usted?...

D. Fac. Servidor.

D. Fermin. Qué es lo que escucho... ay de mí!
Hombre tal en mi carrera...
Ah! quién sino usted pudiera
haberme vencido así!

D. Fac. Verdad.

D. Fermin. Pero le prometo,
y por mi nombre le juro...
que aunque lo juzga seguro
no alcanza triunfo completo.

D. Fac. Qué le falta á la sazon?

D. Fermin. Que aunque de un mal ha librado
á su amigo... emponzoñado
dejo yo su corazon!

D. Fac. Ah... ya! con que ha sido usted
el que ha irritado sus celos
con un...

D. Fermin. (*Con satánica complacencia.*)
Sí... viven los cielos!
Yo le he tendido esa red.

D. Fac. Efectivamente... sí...

se ha vengado... cosa es clara...
pero vuelva usted la cara,
y mire usted hácia allí.

(*En el dintel de la puerta de la izquierda aparece Sofía apoyada en el brazo de su marido.*)

ESCENA VIII.

SOFÍA. DON FACUNDO. DON ANGEL. DON FERMIN.

D. FERMIN. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*)
Ah!
D. FAC. Calle! Se ha deslumbrado?
por qué?... vuelva, vuelva á ver...
Aquella santa muger
es la que usté ha calumniado.
Sea usted... sea testigo
de su estado lamentable...
De rodillas... miserable!...
Aquí teneis un amigo.
D. ANGEL. Déjalo en paz.
D. FERMIN. (*Incorporándose, y con furor reconcentrado.*)
Caballero...
toda mi sangre daria...
D. FAC. Y para qué serviria?...
Qué busca usted? el sombrero?
Hélo aquí. Salir desea?
muy justo... Vaya, este albur
salió mal... Por aquí... Agur!...
D. FERMIN. Maldita mi estrella sea!

(*Aparece un portero con un pliego.*)

ESCENA IX.

SOFÍA. DON FACUNDO. DON ANGEL. EL PORTERO.

D. FAC. Qué es eso!
PORTERO. Ahora un correo
lo ha traido con urgencia...
D. FAC. A ver?...
PORTERO. Para su escelencia...

D. Fac. Toma, Angel... Malo lo veo!
D. Angel. (*Examinando el pliego.*)
Gran Dios!...
Sofia. Qué?
D. Angel. Si... Ya me esplico...
Me autorizan...
D. Fac. Lance serio?
D. Angel. Para formar ministerio.
D. Fac. Te doy el pésame, chico.
D. Angel. No me lo des, no: seré
digno de tí...
D. Fac. Por mi nombre...
D. Angel. Facundo, ya soy otro hombre;
ahora... gobernaré.

ESCENA X.

SOFÍA. AMALIA. DOÑA SERAFINA. DON FACUNDO. DON ANGEL. DON CAMILO.

D. Camilo. *E cierto?*
D.ª Seraf. Muy buenas noches.
Amalia. Con que otra vez...
D. Angel. Pues qué pasa?
D.ª Seraf. Llena de gente la casa
encuentro... llena de coches
la calle...
D. Angel. Pronto ha corrido
la nueva...
D. Fac. Son muy felices
para oler ciertas narices.
D. Angel. Su magestad se ha servido
honrarme...
D. Camilo. Sí? bueno va!
Reciba usted la mas plena
y cordial enhorabuena...
D. Fac. (*A don Camilo.*)
Tambien de ella usté lo está.
D. Camilo. Yo tambien! yo en tal momento
de la dicha en el camino?
D. Fac. Pero, qué dicha?

D. Camilo. El destino?...
D. Fac. Aqui tengo el nombramiento.
D. Camilo. Númenes!... dadme la trompa...
D. Fac. No!... por Jesus!... qué diablura...
Mejor es que á su futura
anuncie yo con gran pompa...
D. Camilo. Hombre, no!... no hay que chistar...
D. Fac. Déjeme usted... ya es preciso...
D. Camilo. (Ah! *mon Dieu*, qué compromiso!...
la vieja me va á arañar!)
D. Fac. Hermosa Amalia...
D. Camilo. (Qué apuro!)
D. Fac. Alli tiene usted, alli,
al jóven mas...
D. Camilo. (Ay de mí!)
D. Fac. Venturoso, á su futuro.
D. Camilo. (Ya la encajó!)
Todos. (*Con estrañeza.*) Qué?
D. Fac. Al mortal
que ha logrado...
Amalia. No comprendo...
Sofia. Ni yo.
D.ª Seraf. Qué está usted diciendo?
D. Angel. Te burlas?...
D. Fac. No, que es formal.
Parece que lo que hablo
lo escuchan por vez primera.
Si el señor me ha dicho que era...
(*A don Camilo.*)
Espliquese usted: qué diablo!
D. Angel. Que se esplique.
D.ª Seraf. Que se esplique...
D. Camilo. (Hom!... me huele á chamusquina...)
D.ª Seraf. (*Pasando al lado de don Camilo y hablándole en voz baja.*)
Con que ahora á mi sobrina?
D. Camilo Por Dios!... no me mortifique.
D.ª Seraf. Quién piensa usted que soy yo?
Con eso me sale ahora?
pues, y aquello de...
D. Camilo. Señora...
aquello fue un *quid pro quo.*

D.ª Seraf. (*Tirándole un pellizco.*)
Perro!...
D. Camilo. Ay!
D. Fac. Perdió usted el habla?
D. Camilo. No señor, no... si era que...
pero es preciso... y diré,
que Amalita es una tabla...
D. Fac. Cómo tabla?...
D. Camilo. No he querido...
D.ª Seraf. Caballero!...
D. Camilo. Tabla, si,
de salvacion para mí.
Seis veces he pretendido
decirla que reverencio
y anhelo su amor y fé,
y otras tantas tuve que
guardar profundo silencio.
Si á la séptima promete
no ser con mi amor severa...
mi dicha...
Amalia. Mas le valiera
haber callado las siete.
D. Camilo. (Ah!... me pegó á la pared!)
Amalia. Perdone usted que no admita...
D. Camilo. Pero, por qué, señorita?
Amalia. Porque no me gusta usted.
(*Se retira por la puerta lateral izquierda.*)
D. Camilo. (Vamos... no tiene frenillo...)
D.ª Seraf. Me alegro... por seductor!
(*Sigue á Amalia.*)
D. Camilo. (Aun mas desdichas, Señor?
fortuna que el destinillo...)
D. Fac. Pero, hombre, si yo crei
que estaba ya adelantado...
D. Camilo. Qué!... si usted lo ha atropellado
todo llevándolo... asi,
á paso de carga...
D. Fac. Quiero
dulcificar sus enojos...
(*Le da un papel.*)
Vaya!...
D. Camilo. (*Con ansiedad.*) Es...

D. Fac. Pues!
D. Camilo. (*Despues de recorrerlo con la vista.*)
Qué ven mis ojos!
A mi... nombrarme estanquero!!
A todo un genio ... mal año!
hacerle vender rapé
en el estanquillo de
la calle del Desengaño!
D. Fac. No es tan malo...
D. Camilo. Horror!... jamas!
Estanco á mí... que me crio
para sabio!!...
D. Fac. Señor mio,
pues no merece usted mas.
D. Camilo. Quite usted!... Mi erudicion...
mi talento se profana...
Estanco á mí?... bien!... mañana
me estanco en la oposicion.
(*Vase furioso por la puerta lateral de la derecha. Abrese la del centro dejando ver los salones henchidos de caballeros. Sale por ella doña Serafina*)

ESCENA ÚLTIMA.

SOFÍA. DOÑA SERAFINA. DON FACUNDO. DON ANGEL.

D.ª Seraf. Con la mayor ansiedad
te estan esperando...
D. Angel. Pues?
D.ª Seraf. (*Señalando á los salones.*)
Mira.
D. Angel. Ah!... ya... Facundo, ves?
D. Fac. Qué?
D. Angel. Mi popularidad.
D. Fac. Popularidad? aguarda:
déjame que la coloque
sobre la piedra de toque...
porque puede ser bastarda.
(*Coloca á don Angel en sitio que no le vean desde los salones, y se dirige á la puerta de ellos diciendo alto:*)
Señores!... mucho nos pesa;
pero aunque á todos asombre,

á deciros vengo en nombre
del caballero Vinuesa,
que el cargo con que le ha honrado,
cuyo cumplimiento exige
la magestad que dirige
los destinos del Estado,
no acepta...

D.ª SERAF. Cómo!

D. FAC. En virtud
de cierta lucha empeñada,
y de lo muy quebrantada
que há tiempo está su salud.

D.ª SERAF. Pero este hombre, á la verdad,
se mete en todo, y gobierna
con su charla sempiterna...

(*Breve pausa, durante la cual quedan desiertos los salones.*)

D. FAC. (*A don Angel.*) Eh?... tu popularidad.
Ahora acepta el poder,
ó deja tales quimeras...
en fin, chico, lo que quieras;
eso á tu gusto ha de ser.

D. ANGEL. A vivir me has enseñado:
sé lo que vale esta fama;
pero el deber hoy me llama
al servicio del Estado,
y con fé sincera admito:
tú consejos me darás,
y á mi lado vivirás...

D. FAC. Eso es difícil, chiquito.

SOFIA. Qué!... Facundo... todavía?...

D. FAC. (*Con amargura.*)
No hay remedio.

D. ANGEL. Asi nos dejas?

D. FAC. Oh! ni súplicas ni quejas...
lo manda la estrella mia!

SOFIA. Tan pobre es el interes
que le inspiramos?

D. FAC. Señora...
interes!... Óigame ahora

(*Llevándosela hácia un lado, mientras hablan aparte doña Serafina y don Angel.*

y acúseme usted despues.
Bajo este alegre esterior,
y á pesar de cuanto he dicho
con razon, ó por capricho,
sobre encantos del amor,
hay, por mi sino cruel,
un corazon desgarrado,
constantemente bañado...
bañado en amarga hiel!
Cuando ya nada se alcanza,
cuando el pesar nos devora...
no hay mas que morir, señora!...
no hay vida sin esperanza!
Iba á morir!... pero un dia...
una noche!... una muger
que igual no puede tener...
comprendió la risa mia.
Yo apuraba los rigores
del mundo en la noche aquella...
sin quejarme, ay Dios!... mas ella
adivinó mis dolores.
Iba á morir!... Me tendió
su mirada bendecida,
y el bálsamo de la vida
en mi seno derramó.
Esa muger... ay de mí!
jamas para mí será,
porque esa muger está...
(*Hondamente conmovido, y llevando la mano sobre el corazon.*)
Esa muger está aqui!
Y en tanto que aqui respire...
por mi mal, ó por mi bien,
tengo que vivir tambien...
ya ria, llore ó delire.
Hoy por esta misteriosa
historia, de honda verdad,
me voy á la soledad...

SOFIA. Oh!... desgraciado...

D. FAC. (*Variando de tono y con sarcasmo.*)
No es cosa...
Angel?... ya me he despedido

de tu muger...

D. Angel. No convengo!...

D. Fac. Profundas razones tengo
que ella aprueba... es cierto?...

Sofia. (*Con vacilante serenidad.*) Sí.
Déjalo... La sociedad,
el estrépito del mundo
molestan mucho á Facundo...
Que viva en la soledad!
(*A don Facundo.*)
Por sus leyes soberanas
Dios nos ordena vivir...
leyes que deben cumplir
todas las almas cristianas.
La soledad... noche y dia,
á los de tristeza heridos...
brinda con gratos sonidos,
con dulce melancolía...
Puede que en ella, fugaz
huya esa sombra importuna,
que por su negra fortuna
hoy le arrebata la paz.
A Dios con honda afliccion
pediremos ¡con fé ardiente!
que su mano omnipotente
salve ese gran corazon.
Calmado una vez su afan,
y sus dolores insanos,
vuelva aqui con sus hermanos...
que nunca le olvidarán!

D. Fac. (*Ahogando sus sollozos y esforzándose á reir.*)
Sí... lo sé... lo sé... lo oís?
Vosotros sereis mi encanto...

D. Angel. Y yo que le debo tanto!

D. Fac. Pero, por qué os afligís?
Lo pensaré bien... allá
bajo naturales leyes,
como un rey... como dos reyes
estaré. — Escogida ya
tengo, mas que una cabaña,
una casita en el campo,

que blanquea como el ampo
de la nieve en la montaña.
Allí con el arroyuelo,
el gorrion, y qué sé yo!

D. ANGEL. Y nos veremos?...

D. FAC. Pues no?
en la tierra... ó en el cielo...
si es que asomar la nariz
al Eden, le es permitido...
ja!... ja!... ja!... al hombre que ha sido
en la tierra tan feliz.

FIN DE LA COMEDIA.

En dichas librerías se hallan de venta las siguientes producciones dramáticas de este autor.

	Rs.
Del mal el menos.	8
Toros y cañas.	8
Quien mas pone pierde mas.	8
Rivera, ó la fortuna en la prision.	8
El rigor de las desdichas.	8
Las simpatías, ó el cortijo del Cristo.	4
El diablo cojuelo.	4
Las ventas de Cárdenas.	4
Dos validos.	8
Detras de la cruz el diablo.	8
La bruja de Lanjaron, ó una boda en el infierno.	8
Casada, vírgen y martir.	4
La rueda de la fortuna, 1.ª parte.	8
Honra y provecho.	8
La feria de Mairena.	4
Bandera negra.	8
La rueda de la fortuna, 2.ª parte.	8
Al César lo que es del César.	8
La infanta Galiana.	8
Una onza á terno seco.	6
La entrada en el gran mundo.	8
Arte de hacer fortuna.	8
¡Un trueno!	4
La corte de Carlos II.	8
Alberoni, ó la astucia contra el poder.	8
Fortuna contra fortuna.	8
Borrascas del corazon.	8
La trenza de sus cabellos.	8
República conyugal.	8